

SUPERVIVENCIA DEMOCRÁTICA EN AMÉRICA LATINA

SCOTT MAINWARING*

THE HELLEN KELLOGG INSTITUTE FOR INTERNATIONAL STUDIES UNIVERSITY OF NOTRE DAME

En este artículo documento un marcado incremento en el número de democracias y una caída del autoritarismo en América Latina en el periodo que se inicia en 1978. Sostengo que tres factores ayudan a explicar la creciente supervivencia de la democracia en América Latina. La primera explicación gira alrededor de las transformaciones estructurales impulsadas por la modernización: la urbanización, la creciente alfabetización, la mayor riqueza, el crecimiento de la clase obrera y la reducción gradual en el poder político de la clase terrateniente. En segundo lugar, las actitudes políticas en el espectro de izquierda a derecha cambiaron en América Latina, avanzando hacia una creciente valoración de la democracia. Finalmente, el apoyo internacional a la democracia, especialmente de parte de los Estados Unidos, aumentó en la segunda mitad de los ochenta. En una era de creciente internacionalización en América Latina, se han formado mecanismos internacionales para proteger a la democracia.

En este trabajo fundamento un claro aumento en el número de democracias y una caída del autoritarismo en América Latina ocurridos en el periodo iniciado a contar de 1978. Ese lapso ha constituido un periodo democrático sin precedentes en dicha región. A comienzos del mismo, Latinoamérica sólo contaba con tres democracias: Colombia, Costa Rica y Venezuela. Para 1990, virtualmente cada uno de los gobiernos de la región era democrático o semidemocrático. Más aún, como contrapartida a lo que ocurrió anteriormente en otras olas de democratización latinoamericanas, esta última ha durado mucho más y su alcance ha sido mayor.

Esto no significa presentar una visión optimista sobre la calidad de la democracia en América Latina, como tampoco sugerir que la mayor parte de estas democracias esté consolidada. Muchos de los gobiernos democráticos o semidemocráticos de la región tienen serias deficiencias. Sin embargo, dichas deficiencias no deben eclipsar el enorme cambio presentado en la política latinoamericana: una región que a lo largo de la historia ha sido abrumadoramente autoritaria, ha llegado a ser, en su mayoría, democrática y semidemocrática.

* Scott Mainwaring, Profesor Eugene Conley y ex catedrático del Departamento de Gobierno y Estudios Internacionales, actualmente es Director del Instituto Kellogg de la Universidad de Notre Dame. Su libro más reciente es *Rethinking Party Systems in the Third Wave: The Case of Brazil* (Stanford University Press, 1999).

De ahí que trataré de explicar estos cambios. El porqué de ellos se relaciona con un asunto muy antiguo, cual es el de las condiciones sociales favorables para la democracia, sobre el cual gira una abundante literatura. Aunque se han realizado muchos y muy buenos análisis acerca de la erosión de los regímenes autoritarios en América Latina (p.ej. Steepan 1988), acerca de las transiciones a la democracia en la región (p.ej. O'Donnell, Schmitter y Whitehead 1986), y de la democracia en un solo país o conjunto de países, se ha escrito poco sobre por qué la democracia en esta región ha resultado ser más duradera desde 1978 que nunca antes. Además de ser intrínsecamente importante, la cuestión de por qué la posibilidad de supervivencia de la democracia ha aumentado en Latinoamérica puede ayudar a iluminar un asunto más amplio: las condiciones que favorecen la democracia.

Sostengo que existen tres factores que ayudan a explicar las vicisitudes de la democracia en América Latina, entre ellos la razón de que esta región se haya vuelto fundamentalmente democrática desde 1978. La primera explicación tiene que ver con las transformaciones estructurales desencadenadas por la modernización: urbanización, creciente alfabetización, mayor bienestar, una clase trabajadora más numerosa y la gradual reducción del poder político en manos de la elite terrateniente. Estos cambios estructurales fueron favorables a la democratización, si bien no la explican por completo. En décadas anteriores, las inferiores tasas de educación, de bienestar y de urbanización hacían que el terreno para la democracia fuera menos fértil.

Enseguida, de izquierda a derecha del espectro, las actitudes políticas cambiaron en América Latina en los años ochenta. Lo anterior permitió un cambio respecto de la atmósfera polarizada existente en la década de 1960 y 1970. Finalmente, cabe señalar que el apoyo internacional a la democracia aumentó en la segunda mitad de la década de los 80, especialmente de parte de los Estados Unidos. En una era de creciente internacionalización de América Latina, se han formado nuevos mecanismos institucionales para ayudar a proteger la democracia. En este aspecto, nuevamente, el contraste con décadas anteriores es significativo.

DEMOCRACIA Y AUTORITARISMO EN AMÉRICA LATINA, 1940-1997

Mi primer propósito consiste en consignar la historia de la supervivencia democrática en América Latina durante el período que se inicia en 1940. Se ha escrito mucho sobre regímenes políticos en diferentes países latinoamericanos; sin embargo, no ha recibido la misma atención el estudio de la democracia en la región como un todo. Las principales excepciones se encuentran en los trabajos de: Diamond y Linz (1989), quienes consideran la región en forma integral y no cada país en forma separada; Rueschemeyer, Huber Stephens y Stephens (1992), quienes clasifican sistemáticamente los tipos de regímenes de Sudamérica y no los de América Central; Hartlyn y Valenzuela (1994) quienes circunscriben su análisis a ocho países de mayor importancia (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Perú, Uruguay y Venezuela); y Collier y Collier (1991), quienes analizan la relación entre el movimiento sindical y los regímenes políticos en ocho países (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Perú, Uruguay y Venezuela). Remmer (1996) compara las posibilidades de permanencia de regímenes democráticos y autoritarios en

América del Sur y, sin embargo, no analiza en profundidad las condiciones favorables para la democracia.

Debido a que todas estas son contribuciones importantes, vale la pena señalar brevemente algunas de las diferencias entre ellas y mi trabajo. En primer lugar, presto más atención a factores internacionales que estos otros estudios realizados anteriormente. La divulgación internacional de ideas y el cambio en la orientación de los actores internacionales respecto de la democracia han tenido un papel fundamental en la caída del autoritarismo y en la mayor supervivencia de la democracia en América Latina. Salvo Whitehead (1986, 1991, 1996), ninguna de las principales revisiones que se han realizado acerca de la democracia en América Latina ha destacado estas consideraciones.

Además, pongo énfasis en las bases estructurales de la democracia, especialmente el nivel de desarrollo, más que Hartlyn y Valenzuela (1994) o Diamond y Linz (1989), aunque menos que Rueschemeyer, Huber Stephens y Stephens (1992). En lo que se refiere a América Latina, el nivel de desarrollo aumenta o disminuye las posibilidades de que la democracia sea una realidad o sobreviva, pero está muy lejos de determinar el tipo de régimen. Al igual que Hartlyn y Valenzuela (1994), me centro más en las actitudes de las elites políticas que Rueschemeyer, Huber Stephens y Stephens (1992). Las actitudes políticas son relativamente autónomas respecto del nivel de desarrollo, y son cruciales en lo que se refiere a la comprensión de las perspectivas democráticas.

El hecho de considerar 19 países implica una estrategia de investigación intermedia entre la empleada en estudios referidos a un solo país, o a algunos países, y la que se ocupa en estudios más amplios, referidos a n casos, los cuales examinan la democracia o los regímenes políticos en el Tercer Mundo (p.ej., Hadenius 1992; Power y Gasiorowski 1997) o en todo el mundo (p.ej. Bollen 1980; Bollen y Jackman 1985; Dahl 1971; Przeworski y Limongi 1997; Vanhaven 1990). Esta estrategia intermedia tiene algunas ventajas precisas. Los estudios amplios, que examinan n casos y no un solo país, nos permiten examinar algunas relaciones de una manera más sistemática (p. ej., nivel de desarrollo y tipo de régimen). Al mismo tiempo, el n es lo suficientemente pequeño como para que un analista pueda formular algunas opiniones informadas respecto de cada uno de los diecinueve casos. Además, el número de lenguas oficiales es lo suficientemente reducido (español y portugués, salvo Haití) como para que un analista pueda informarse sobre los debates académicos de los países en cuestión. El hecho de mantener constantes algunos de los principales factores que afectan las perspectivas de democracia, debido a que estos casos comparten algunos rasgos, reduce las desventajas normales de un estudio intermedio n (demasiadas variables y muy pocos casos) en comparación con uno más amplio.

Una última ventaja de la estrategia intermedia n se relaciona con el hecho de que este conjunto de países en particular representa una región del mundo con dinámicas regionales características y fuertes influencias entre los países. En América Latina han existido olas de democracia, las que han sido influidas y, a su vez, han conformado en forma significativa las olas globales analizadas por Huntington (1991). No obstante, los interesantes contrastes entre la supervivencia democrática en América Latina y a escala mundial, sugieren que las regiones son unidades de análisis importantes.

En cuanto al tema, los estudios más cercanos a este mismo son los de Przeworski *et al.* (1996) y el de Przeworski y Limongi (1997). Estos trabajos consideran un conjunto de

países mucho mayor, la mayoría de los existentes en el mundo contemporáneo. Si bien este estudio sigue en parte la metodología usada por Przeworski y sus colaboradores, al mismo tiempo profundiza más en los aspectos específicos de una región. Se centra, asimismo, en la evolución de los valores y cambios en el sistema internacional para explicar la supervivencia democrática. Finalmente, muchos de los resultados más sustantivos respecto de América Latina divergen de lo informado por Przeworski *et al.* con respecto a su numeroso conjunto de países.

CLASIFICACIÓN DE REGÍMENES

Para el período 1940-1997, he clasificado los gobiernos como democráticos, semidemocráticos o autoritarios. Un gobierno debe cumplir cuatro condiciones para ser considerado democrático: 1) el presidente y la legislatura son elegidos en elecciones abiertas y esencialmente competitivas¹; 2) las autoridades así elegidas tienen poder real para gobernar, en oposición a la situación en que los funcionarios elegidos resultan eclipsados por las Fuerzas Armadas o por una figura en la sombra, no elegida; 3) se respetan las libertades civiles; y 4) el derecho a voto comprende a una considerable mayoría de la población adulta². En cuanto a la década de 1940, se justifica la aplicación de criterios menos estrictos respecto del derecho a voto. Durante ese período, un país puede ser democrático aún cuando las mujeres o los analfabetos no tuvieran derecho a sufragar. De esta forma, incluí a Chile entre los países democráticos, a pesar de la exclusión de los analfabetos hasta 1970, puesto que este hecho probablemente no alteró los resultados electorales en forma apreciable. La noción de democracia y su práctica de alguna manera son contingentes desde el punto de vista histórico, por lo tanto no resultaría del todo apropiado imponer niveles de participación actuales a los años cuarenta. Por supuesto, esto no significa aceptar la exclusión de las mujeres o de quienes no tienen la suerte de saber leer o escribir.

Un gobierno semidemocrático o una democracia restringida se refiere a un gobierno civil elegido en condiciones de limpieza razonables, pero con significativas restricciones a la participación, a la competencia y/o al cumplimiento de las libertades civiles. Un régimen autoritario, a su vez, es aquél en el cual la competencia política efectiva es escasa. Muchos regímenes de este tipo imponen, también, restricciones a la participación política y a las libertades civiles.

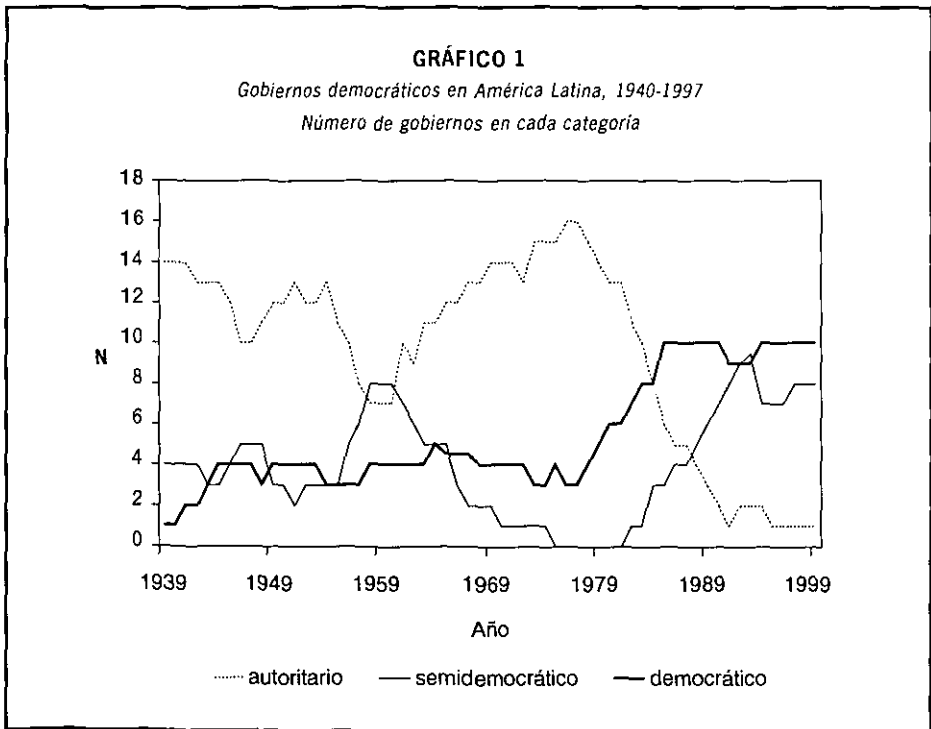
El presente análisis se refiere a 19 países latinoamericanos. He excluido a los países caribeños de habla inglesa, Suriname y Belice, con el fin de centrarme en países independientes por un período más prolongado que éstos. Además, diversos expertos han sostenido que la colonización británica tiene un efecto independiente positivo sobre la posibilidad de que un país sea democrático (Dominguez 1993; Weiner 1987; Bollen y Jackman

- 1 Esta definición está hecha a la medida para los casos latinoamericanos, en los que el presidencialismo ha imperado. En un sistema parlamentario sólo el parlamento necesita ser elegido en elecciones abiertas y limpias.
- 2 Para definiciones similares de democracia, ver Diamond, Linz, y Lipset (1989:xvi-xvii); Gasiorowski (1993); Linz y Stepan (1996: 3-15). Para los fines de este trabajo, no hice distinciones entre regímenes autoritarios y totalitarios. En Latinoamérica han existido pocos regímenes de este último tipo, o ninguno.

1985). El hecho de restringir el análisis a países de herencia latina eliminó la necesidad de controlar las diferencias en su pasado colonial. He excluido a Cuba debido a las dificultades para obtener datos de PNB per cápita que sean comparables con los de los otros países³.

El Cuadro 1 indica la clasificación de diecinueve países entre 1940 y 1997. Para la clasificar los regímenes se utilizó una gran cantidad de fuentes. Hay consenso respecto de muchos casos, pero otros suscitan complejas opiniones límite, que reflejan la naturaleza híbrida (autoritaria y democrática a la vez) de varios regímenes políticos de América Latina.

El Gráfico 1 muestra el número de gobiernos democráticos, semidemocráticos y autoritarios en América Latina, en forma anual desde 1940 a 1997. Con el fin de evitar la consignación de fechas o meses exactos de cambios de régimen, el año de transición de un régimen a otro se clasifica según la naturaleza del nuevo régimen. De esta forma, 1973 (el año de los golpes militares) cuenta como parte del período autoritario para Chile y Uruguay. En unos pocos casos, hubo dos transiciones de régimen en un solo año. Por ejemplo, en República Dominicana, un gobierno democrático de corta vida asumió a comienzos de 1963, pero cayó víctima de un golpe meses después, ese mismo año. He clasificado esos casos en dos categorías en un mismo año, seis meses en cada una.



Fuentes: Cuadro 1 y Freedom House, *Freedom House in the World*, varios años.

3 Todos los datos económicos de este trabajo provienen de varias fuentes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, que no consignan datos de PIB respecto de Cuba en las últimas décadas.

CUADRO 1

Clasificación de gobiernos latinoamericanos,
1940-1997

D=democrático		S=semidemocrático	A=autoritario			
Argentina	1930-46	A	Guatemala	1839-1944	A	
	1946-51	S		1944-54	D	
	1951-58	A		1954-85	A	
	1958-61	S		1986-97	S	
	1962-63	A		Haití	1815-1991	A
	1963-66	S			1991	S
	1966-73	A			1991-97	A
	1973-76	D		Honduras	1838-1957	A
	1976-83	A			1957-63	S
1983-97	D	1963-81	A			
		1982-97	S			
Bolivia	1825-1952	A	México	1821-1988	A	
	1952-64	S		1988-97	S	
	1964-82	A	Nicaragua	1838-1984	A	
	1983-97	D		1984-97	S	
Brasil	1822-1945	A	Panamá	1903-56	A	
	1946-64	S		1956-68	S	
	1964-85	A		1968-89	A	
	1985-97	D		1990-94	S	
Chile	1932-73	D		1994-97	D	
	1973-90	A	Paraguay	1918-89	A	
	1990-97	D		1989-97	S	
Colombia	1936-49	S	Perú	1939-48	S	
	1949-57	A		1948-56	A	
	1958-74	S		1956-62	S	
	1974-90	D		1962-63	A	
	1990-97	S		1963-68	D	
Costa Rica	1918-49	S		1968-80	A	
	1949-97	D		1980-90	D	
Rep. Dominicana	1930-62	A		1990-92	S	
	1963	D		1992-94	A	
	1963-78	A		1995-97	S	
	1978-94	D	Uruguay	1933-42	A	
	1994-97	S		1942-73	D	
		1973-84		A		
		1985-97		D		
Ecuador	1940-44	S	Venezuela	1830-1945	A	
	1944-48	A		1945-48	D	
	1948-61	S		1948-58	A	
	1961-68	A		1958-97	D	
	1968-70	A				
	1970-79	A				
	1979-97	D				
El Salvador	1931-84	A				
	1984-92	S				
	1992-97	D				

Fuentes: Entre otras, Diamond, Linz y Lipset (1989), Gasiorowski (1993), Mainwaring y Scully (1995), Rueschemeyer *et al.* (1992), Hartlyn y Valenzuela (1994), y algunos estudios por países. Para el período posterior a 1972, se consultaron además las publicaciones anuales de Freedom House.

El alza en el número de democracias a contar de 1978 es impresionante y la caída del autoritarismo lo es aún más. La magnitud de este cambio es asombrosa, incluso para quienes están familiarizados con la evolución de los regímenes políticos en América Latina. En 1940, sólo uno de estos 19 países era una democracia (Chile) y sólo cuatro más eran semidemocráticos (Colombia, Costa Rica, Ecuador y Perú). Esta situación mejoró levemente a medida que las últimas etapas de la Segunda Guerra Mundial dieron origen a un breve período de liberalización política y de democratización en muchos países. En 1942, en Uruguay se restableció la democracia; posteriormente, hubo ciertos experimentos democráticos en Guatemala (1944-1954), Venezuela (1945-1948) y Costa Rica (1949 hasta la fecha). Argentina y Brasil se trasladaron del campo autoritario al semidemocrático en 1946.

Sin embargo, el avance de la democratización demostró ser efímero. Con la llegada de la Guerra Fría, el gobierno de los Estados Unidos y las Fuerzas Armadas, las oligarquías y los sectores conservadores de América Latina se revelaron intolerantes hacia los regímenes reformistas de tipo progresista. Durante la Guerra Fría, los intereses de seguridad nacional generalmente estaban antes de la democracia en el orden de prioridades de los Estados Unidos (Packenham 1973), prácticamente lo mismo que para los conservadores de América Latina. La democracia se quebró en Venezuela en 1948 y en Guatemala en 1954. En Argentina se desgastó rápidamente al asumir Juan Perón (1946-1955) como primer líder de un régimen autoritario elegido democráticamente en el siglo veinte. El número de regímenes autoritarios, que había decrecido de 14 en 1940-1941 a 10 entre 1946 y 1947, volvió a aumentar para 1951. Después del golpe de 1954 en Guatemala, sólo Chile, Costa Rica y Uruguay permanecieron en el campo democrático, y sólo tres más (Bolivia, Brasil y Ecuador) eran semidemocráticos.

En 1958, comenzó una nueva ola de democratización, con la vuelta de Venezuela a la democracia. Ese mismo año Colombia estableció un régimen semidemocrático (la competencia política estuvo restringida hasta 1974). Argentina también instituyó un gobierno semidemocrático en 1958; el gobierno Frondizi fue elegido en elecciones competitivas con una amplia participación y respeto a las libertades civiles, sin embargo el partido peronista, el mayor de Argentina, fue proscrito.

Tal como había sucedido con la breve ola de democratización de 1942-1948, ésta también resultó ser frágil. Con posterioridad a la revolución cubana, la política se polarizó profundamente en gran parte de la región. En los años sesenta y setenta se sucedieron los quiebres democráticos. Golpes militares derribaron a los gobiernos elegidos en Perú (1962), Bolivia y Brasil (1964), Argentina (1966) y Perú nuevamente (1968). Las dos democracias más antiguas de la región, Chile y Uruguay, cayeron en 1973, con la llegada de regímenes militares bastante represivos. Otro golpe ocurrió en Argentina en 1976, el que generó una dictadura militar aún más brutal⁴. Hacia 1977 sólo Colombia, Costa Rica y Venezuela eran países democráticos. Los otros 16 países estaban regidos por gobiernos abiertamente autoritarios. En el período posterior a 1940, éste fue el apogeo del autoritarismo en América Latina. Paradojalmente, también estaba cercano el comienzo de lo que Huntington (1991) ha llamado "la tercera ola de la democracia"⁵.

4 Esta serie de quiebres democráticos generó una abundante literatura (Collier 1979, Linz y Stepan 1978, O'Donnell 1973, Santos 1986, Stepan 1971).

5 La tercera ola comenzó con el golpe que derribó el antiguo régimen autoritario de Portugal en 1974, y que restableció rápidamente la democracia. Grecia (1974) y España (1975) siguieron ese camino muy luego. La primera ola ocurrió entre 1828 y los años veinte y la segunda, entre 1940 y 1962.

Mientras la atención mundial se centraba en las atrocidades cometidas por los generales en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay y en la agitación revolucionaria en Nicaragua, la tercera ola de democratización empezaba en 1978 en la República Dominicana, un país pequeño, comparativamente pobre, con tradiciones autoritarias muy arraigadas. En 1979, los generales abandonaron el poder en Ecuador, lo mismo que harían los militares peruanos un año después. Hacia 1980, la región ya contaba con más gobiernos democráticos que nunca antes (seis), y el número continuó creciendo con el correr de la década. En 1981, en Honduras se inició un gobierno civil como resultado de elecciones limpias y libres. De este modo, mientras que la tercera ola de democratización a nivel global empezó en algunos de los países no democráticos de mayor bienestar (especialmente España), en Latinoamérica la encabezaban los países pobres.

Entonces, el ciclo de regímenes militares en el cono sur empezó a agotarse, empezando por la desventura bélica de los generales argentinos en las Falkland/Malvinas, en 1982. Los años 1984 y 1985 marcaron la entrada en funciones de gobiernos democráticos, en reemplazo de regímenes militares, en Uruguay y Brasil, respectivamente.

Muchos países tuvieron su primera experiencia democrática a mediados y a fines de la década de los ochenta. Incluso los países pobres de América Central, devastados por guerras civiles a comienzos de esa misma década, tuvieron elecciones más abiertas que en periodos anteriores. En Guatemala y El Salvador, asumieron presidentes civiles elegidos en procesos bastante limpios los años 1986 y 1985, respectivamente. Si bien no se puso fin a las atrocidades de las guerras civiles hasta los años noventa, se controlaron gradualmente las violaciones a los derechos humanos. Si se considera tanto la persistente historia de autoritarismo en ambos países, como la brutal represión y las sangrientas guerras civiles de los años ochenta, este logro es significativo. La invasión norteamericana a Panamá en 1989 depuso al dictador Manuel Noriega e inició un largo proceso de establecimiento de la democracia. Ese mismo año, un golpe significó la expulsión del antiguo dictador de Paraguay, Alfredo Stroessner, con lo que empezó un proceso de liberalización y democratización. La elección de 1990 en Nicaragua, que tuvo como resultado la derrota sandinista, allanó el camino para las negociaciones de paz en El Salvador y Guatemala. Para 1990, el único gobierno abiertamente autoritario de la región era Haití. Alrededor de 1994, no quedaba ningún gobierno autoritario, salvo Cuba y Haití. Así, el alejamiento del autoritarismo ha sido algo impresionante.

Cuando sucede lo inesperado, los analistas olvidan fácilmente cuán poco probable parecía ese hecho. Es el caso de la democratización en América Latina. Hoy en día nos parece natural la supervivencia de regímenes políticos competitivos; sin embargo, cuando se realizaron estas transiciones a la democracia o a la semidemocracia, muchos analistas no veían muchas posibilidades de que la democracia perdurara. Al enumerar factores que se opusieran a la democracia, (Wiarda (1986:341) sostuvo que "Las perspectivas para la democracia no son muy alentadoras... Ninguna de estas condiciones económicas es alentadora para la causa de la democracia en América Latina, ni ayudan a la supervivencia de las democracias establecidas en la región... Dadas las crecientes expectativas, la competencia existente por el control de los escasos recursos se vuelve intensa, polarizada y violenta... Es difícil sostener una democracia pluralista y liberal bajo tales condiciones". Muchos analistas de diversas orientaciones políticas y teóricas coincidieron al respecto.

No es de sorprender que la democracia haya sobrevivido en Uruguay desde 1984, o en Chile a contar de 1990. Ambos países cuentan con tradiciones democráticas bastante

fuertes, anteriores a los quiebres ocurridos en 1973, y la economía de Chile estaba en buenas condiciones cuando el general Pinochet se despojó de la banda presidencial. Sin embargo, estos dos países son más bien la excepción y no la norma. En el resto de la región, la democracia, incluso la democracia restringida, enfrentó desafíos aterradores: instituciones y tradiciones democráticas débiles, tremendas desigualdades sociales y riesgosas condiciones económicas.

La estabilidad económica de Bolivia en el periodo posterior a 1982 resume las sorpresas. Antes de ese año, dicho país había sido asolado por una larga historia de inestabilidad crónica y golpes frecuentes. El país tenía tradiciones democráticas precarias, sin haber experimentado nunca la democracia antes de 1982, con un interregno semidemocrático de sólo 12 años (1952-1964) y varios meses durante el caótico período de 1978-1982. Hernán Siles Suazo, el nuevo presidente democrático (1982-1985), heredó unas condiciones económicas desastrosas, las que empeoró por mala administración. La inflación llegó a 8.171% en 1985, y el ingreso per cápita se erosionó durante la mayor parte de la primera década democrática. Este empeoramiento de las condiciones económicas exacerbó la pobreza en uno de los países más pobres de América Latina. El ingreso per cápita se mantuvo en 759 dólares (valores de 1980), menos de un cuarto en comparación con los países más ricos de la región (Argentina y Venezuela). Bolivia tiene una de las sociedades más divididas de América Latina desde el punto de vista étnico, con una mayoría indígena que ha sido explotada durante siglos por una minoría mestiza (de origen blanco). Todas estas condiciones representaban un triste augurio para la democracia.

El régimen democrático tambaleó durante los primeros años. No obstante, a mediados de la década de 1990, la democracia parecía tener bastante estabilidad. Hubo elecciones libres y limpias en 1982, 1985, 1989, 1993 y 1997; como resultado se produjo alternancia en el poder en 1985 y 1993. El congreso boliviano se acostumbró a institucionalizar acuerdos en que se compartía el poder. El caso boliviano constituye un ejemplo notable de una democracia que sobrevive a pesar de existir circunstancias económicas y estructurales adversas (Mayorga 1997). Sin embargo, no es el único caso de una democracia que perdura aunque se enfrente con desafíos aterradores.

La mayor parte de los países latinoamericanos han experimentado el periodo democrático más prolongado de su historia en estas dos últimas décadas. El cuadro 2 muestra dichos periodos. Sólo tres países: Chile (1932-1973), Guatemala (1944-1954) y Uruguay (1942-1973) habían gozado previamente de etapas democráticas continuadas y más prolongadas que en el periodo posterior a 1978.

El hecho de que la democracia haya sobrevivido a pesar de los magros resultados económicos y sociales hace que este logro sea aún más digno de destacarse. La democratización en América Latina coincidió, en forma aproximada, con la crisis de la deuda y posteriormente con la transición desde un desarrollo dirigido por el Estado a políticas orientadas al mercado. Ambos factores llevaron a perturbaciones de corto plazo e impusieron altos costos a las economías nacionales. Para la región como un todo, el ingreso per cápita no varió entre 1980 y 1995. En 1983, pocos analistas habrían previsto que la democracia en Bolivia, Argentina y Brasil podría soportar tasas de inflación anuales que llegaran a 8.171%, 4.923% y 2.489%, respectivamente; o bien que Bolivia y Ecuador, con sus prolongadas historias de inestabilidad política, podrían presenciar una sucesión de presidentes democráticamente elegidos. En forma similar, la horrenda represión asociada con el "despotismo reaccionario" de El Salvador (Baloyra 1983) a comienzos de los

años ochenta, dio lugar, gradualmente, a una sucesión de gobiernos semidemocráticos para la década de 1990.

CUADRO 2

Periodo más extenso de democracia ininterrumpida por país

Pais	Años
Argentina	1983-98
Bolivia	1982-98
Brasil	1985-98
Chile	1932-73
Colombia	1974-90
Costa Rica	1949-98
República Dominicana	1978-94
Ecuador	1979-98
El Salvador	1992-98
Guatemala	1944-54
Haití	*
Honduras	*
México	*
Nicaragua	*
Panamá	1994-98
Paraguay	*
Perú	1980-90
Uruguay	1942-73
Venezuela	1958-98

* No ha existido ningún período de plena democracia.

LA DEMOCRACIA COMO UNA VARIABLE CONTINUA

Hasta el momento he considerado la democracia como una variable tricótoma, pero puede resultar útil tratarla como una variable continua (Bollen 1980; Coppedge y Reineke 1990; Dahl 1971; Hadenius 1992; Vanhaven 1990). Existen dos ventajas al analizar la democracia de esta última forma. En forma conceptual, esta opción es sensata, pues los países pueden ser más o menos democráticos dentro de un amplia gama que no puede ser abarcada por completo en una clasificación tricótoma. Además, las mediciones continuas permiten un tratamiento mucho más satisfactorio de ciertas relaciones cuantitativas.

El problema es operacionalizar una medición continua de democracia. Hasta ahora, existen tres enfoques principales para este problema: 1) el de especialistas que han desarrollado calificaciones basadas en datos que son fácilmente accesibles, de manera que es relativamente simple otorgar a cada país una calificación para un período de tiempo más prolongado; 2) el de especialistas que han construido mediciones más complejas que, sin

embargo, se basan en datos de más difícil acceso para un período más prolongado y 3) los puntajes Freedom House.

Vanhaven (1990) es un ejemplo del primer enfoque. Siguiendo a Dahl (1971), sostuvo que la democracia tenía dos dimensiones: competencia y participación. Midió la competencia restando de 100 la votación correspondiente a los partidos mayoritarios y la participación, al establecer el porcentaje del total de la población que votó. Luego, multiplicó estos dos indicadores para deducir un índice de democracia. Sin embargo, este tipo de medición tiene serios inconvenientes. En lo que respecta a la competencia es defectuoso: tiene una correlación demasiado alta con la fragmentación del sistema de partidos. Un sistema en el cual el partido mayoritario obtiene el 50% no es necesariamente menos democrático que aquél en el que el mayor partido obtiene el 35%. Además, la medición de la participación depende excesivamente de la estructura de edad de la sociedad; discrimina a los países con poblaciones jóvenes, en los cuales una gran proporción de la población no ha alcanzado la edad necesaria para tener derecho a voto. Más aún, el punto crucial para la democracia es que las barreras legales y las condiciones de derechos humanos permitan que la población adulta pueda participar, y no que realmente lo hagan. El hecho de que los porcentajes de participación electoral sean altos puede ser el reflejo de leyes electorales obligatorias, más que de un ambiente más participativo. Es sumamente importante el hecho de que la medición de Vanhaven no incorpore ninguna evaluación de las libertades civiles y los derechos políticos.

Coppedge y Reineke (1990) y Hadenius (1992: 36-71) construyeron mediciones de democracia complejas y multidimensionales⁶; sin embargo, ambas mediciones requieren una cantidad de información cualitativa considerable, que no es fácilmente accesible para un lapso de tiempo más prolongado. No es coincidencia que en ambos casos la medición se limite a un solo año (1985 para Coppedge y Reineke, 1988 para Hadenius).

Dados estos inconvenientes respecto de las mediciones de democracia fácilmente operacionalizadas y las dificultades para obtener datos para reproducir los modelos de Coppedge y Reineke y Hadenius en relación con períodos largos, me decidí a usar las calificaciones Freedom House para el período 1972-1996. A contar de 1972 y todos los años, Freedom House ha clasificado a todos los países independientes desde 1 (mejor puntaje) a 7 referente a libertades civiles y a derechos políticos. Estas calificaciones incorporan implícitamente las tres dimensiones de la democracia: competencia libre y abierta, amplia participación, y libertades civiles junto con derechos humanos. Para 1985, las calificaciones de Freedom House tuvieron una correlación bastante alta (.934 a .938) con la escala poliárquica de Coppedge y Reineke (Coppedge 1997: 180). Dada esta alta correlación con una medición de democracia compleja, además de su pronta disponibilidad, las calificaciones Freedom House representan un sistema de medición razonable. Las ventajas de contar con mediciones de fácil acceso, que además pueden ser usadas respecto de un período de tiempo considerable, son claras. Todo esto explica el creciente uso de las calificaciones Freedom House como medida de democracia (p. ej., Diamond 1996).

6 Coppedge y Reineke se centran en cuatro criterios: limpieza de las elecciones, libertad de organización, libertad de expresión y alternativas a fuentes oficiales de poder. Hadenius basa su medición en saber si existen restricciones al sufragio, si las elecciones fueron abiertas y limpias y si los funcionarios elegidos realmente ostentaron el poder; además, si los ciudadanos y las organizaciones políticas gozaban de libertades de organización, de opinión, y ausencia de violencia política y opresión.

Los puntajes combinados de derechos políticos y libertades civiles crean una escala de 2 a 14. Las calificaciones combinadas de Freedom House se correlacionan estrechamente con mis evaluaciones para determinar cuáles gobiernos son democráticos. Los puntajes de 2 a 5 generalmente corresponden a mi clasificación para las democracias. Un puntaje de 7 por lo general cae en mi categoría de gobierno semidemocrático, y las calificaciones de 9 a 14 normalmente corresponden a lo que he clasificado como gobierno autoritario. Las evaluaciones 6 (democrático o semidemocrático) y 8 (semidemocrático o autoritario) están en el límite, ya que fácilmente pueden caer dentro de ambas categorías. En lo que respecta al período 1972-1996, de 475 casos (19 países en un periodo de 25 años), 68 evaluaciones Freedom House (14,3%) difirieron de mi propia calificación⁷. Muchas de las divergencias correspondían a casos que yo codificaba como autoritarios, pero que obtenían puntajes Freedom House 7 o menores (p. ej., Brasil 1979-1984, República Dominicana 1972-1977, El Salvador 1972-1977, Guatemala 1972-1976, Honduras 1980-1981, México 1973-1984).

Las calificaciones Freedom House presentan dos deficiencias en cuanto medición de democracia. En primer lugar, parecen más severas respecto de gobiernos de izquierda. Por ejemplo, en 1984 en El Salvador había más represión que en Nicaragua y no está claro que las elecciones salvadoreñas fueran más limpias que las nicaragüenses. Sin embargo, la calificación Freedom House indica un gobierno marcadamente más democrático en El Salvador (puntaje combinado 6) que en Nicaragua (puntaje combinado 10). Segundo, algunas calificaciones de los años setenta y de comienzos de la década de 1980 son demasiado indulgentes si se las compara con evaluaciones de la última década. Por ejemplo, México recibió entre 6 y 8 puntos durante los autoritarios años setenta y ochenta. Colombia, República Dominicana, El Salvador y Guatemala recibieron puntajes inferiores a los que habrían merecido en la década de 1970, con una calificación muy baja, 4, para Colombia (1972-1974) cuando la competencia se encontraba bastante restringida, 5 para República Dominicana (1972-1973) durante un régimen autoritario, 5 para El Salvador (1972-1975) también durante un régimen autoritario, y 4 para Guatemala (1973) durante un período de iguales características. La evaluación Freedom House se volvió más estricta en los años noventa; así, el mismo puntaje en la última década refleja a menudo condiciones más democráticas de las que tenía en los años setenta o a comienzos de la década de 1980. Por ejemplo, el sistema político mexicano era claramente más democrático en 1990 que una década antes, no obstante, el puntaje combinado Freedom House de 1980 (7) es levemente mejor que el de 1990 (8). Si bien los derechos políticos mejoraron en Brasil entre 1984, cuando el poder aún estaba en manos de los militares, y comienzos de la década de 1990, Freedom House indica lo contrario. Y aunque la situación de derechos humanos mejoró sustancialmente en El Salvador entre mediados de la década de 1980, que fue horrenda, y diez años después, no se observan cambios en la evaluación de Freedom House. Alrededor de 1984, el revolucionario movimiento FMLN, objeto de brutal represión a lo largo de los años ochenta, se sintió lo suficientemente seguro como para participar en el proceso electoral.

7 Se producían diferencias si un régimen codificado por mí como democracia tenía un puntaje combinado Freedom House de 7 o más; si codificaba un régimen como semidemocracia y tenía una calificación Freedom House combinada de 6 o mayor que 8; o bien, si codificaba un régimen como autoritario y obtenía un puntaje Freedom House de 8 o menos.

Para los fines del presente trabajo, ninguna de estas deficiencias constituye un problema grave. Nicaragua (1979-1999) y Chile (sólo en 1972) son los únicos gobiernos de izquierda en la muestra, de modo que las discrepancias en la forma en que fueron evaluados no afectan las conclusiones generales. El principal uso que se da a las calificaciones Freedom House no es el de hacer comparaciones a través del tiempo (si bien realizó brevemente ese tipo de comparación), sino más bien establecer relaciones comparativas entre países: ¿son más democráticos los países con mayor desarrollo económico? Con este objetivo presente, no tiene mayor importancia el que los niveles de Freedom House se hayan puesto más estrictos con el tiempo, mientras sus juicios acerca de los países mantengan la coherencia.

Las calificaciones Freedom House indican una clara mejoría en relación con los derechos políticos y las libertades civiles en la región, de 8,7 en 1977 a 5,7 en 1989, la mejor evaluación en términos absolutos. Esto significa exponer la mejoría actual modestamente, pues los puntajes son más exigentes en los últimos años en comparación con el período 1970-1985.

LÍMITES A LA DEMOCRATIZACIÓN

Aunque la transformación de la política latinoamericana ha sido profunda, el proceso de democratización ha tenido serios inconvenientes. Dichas deficiencias ya han sido analizadas detalladamente, de modo que aquí basta con una breve discusión.

La poderosa ola contraria al autoritarismo no ha introducido una tendencia igualmente poderosa a favor de la democracia irrestricta. Es más correcto describir a muchos de los gobiernos de la región como semidemocracias que como democracias propiamente tales. En la última década se ha presenciado una especie de erosión de la democracia, que conduciría a semidemocracias: Colombia, República Dominicana y Perú (antes del autogolpe de Fujimori en 1992).

Tal como han sostenido Schmitter y Karl (1993), la democracia gira alrededor de la noción de ciudadanía, esto es, el derecho y la posibilidad de que las personas participen efectivamente en política. La ciudadanía debe poder optar en forma bastante informada cuando se dirige a la urna, y el miedo generalizado no debe restringir u obstruir formalmente otras formas de participación. Para algunos grupos marginales, la ciudadanía efectiva es todavía un objetivo esquivo en América Latina.

Este problema de desigualdad de la ciudadanía cambia según los países y regiones (Diamond 1996; Karl 1995; O'Donnell 1993, 1999). En los países que cuentan con una historia de autoritarismo virtualmente ininterrumpido hasta la década de 1980, existen vastos sectores de la población que no gozan de ciudadanía plena. Los indígenas, los negros y las poblaciones rurales tienen los derechos formales de ciudadanía en toda Latinoamérica, sin embargo, en la práctica, estos grupos han sido frecuentemente marginados.

Otro aspecto que se relaciona con este cumplimiento desigual de la promesa de ciudadanía es el de la debilidad de las instituciones democráticas y el limitado imperio de la ley en muchos países (O'Donnell 1999). La debilidad del poder judicial y el control personalista persisten en las regiones menos desarrolladas de virtualmente todos los países de la

región (Hagopian 1996b). Los sistemas de partidos presentan debilidades en gran parte de la región, con lo cual se limita la posibilidad de fiscalización y no se contrarresta el personalismo (Mainwaring y Scully 1995). Aunque la democracia ha perdurado con instituciones débiles y trabas a la ciudadanía, tiene siempre serias deficiencias.

En muchos países, el temor sigue siendo un importante ingrediente en la política. En la mayor parte de los países devastados por las guerras civiles (Perú en la segunda mitad de los años ochenta, Guatemala, El Salvador hasta la firma del acuerdo de paz en 1992, Colombia en esta última década), los sospechosos de simpatías izquierdistas han sufrido el acoso, la tortura y la muerte. También en esos países la izquierda usó el miedo como arma, en ocasiones forzando a los ciudadanos hacia su bando. En estas condiciones, la expresión y la participación política se han visto seriamente obstaculizadas. Incluso cuando se han celebrado elecciones y se ha realizado un recuento limpio de los votos, la izquierda no ha podido participar y las circunstancias que han rodeado las elecciones han disminuido sus credenciales democráticas. La firma de los acuerdos de paz en El Salvador, Guatemala y Nicaragua no ha resuelto plenamente el problema. Las Fuerzas Armadas no están por completo bajo el control civil en muchos países, entre ellos Chile, que tiene una de las más fuertes tradiciones e instituciones democráticas.

Estas limitaciones a la práctica democrática son tan significativas que se puede plantear con propiedad la interrogante acerca de si el vaso está medio lleno o medio vacío. Ambas formas de observar el problema tienen base. Hay más democracia que nunca en América Latina; no obstante, existen serios problemas de práctica democrática en la mayor parte de los países de la región. Sin embargo, aunque el vaso esté medio vacío, la mayor sorpresa no reside en que la democracia haya tenido serios defectos, sino en que los gobiernos elegidos han sobrevivido. Si bien la democracia no ha triunfado totalmente, la dictadura está menos difundida que nunca. De hecho, la dictadura propiamente tal ha desaparecido virtualmente hasta el momento.

MODERNIZACIÓN Y DEMOCRACIA

El segundo objetivo principal de este trabajo consiste en dar cuenta del aumento de la democracia y de la caída del autoritarismo en América Latina. La experiencia latinoamericana no sólo es importante en sí y por sí misma, sino que puede iluminar un asunto más amplio, como es el porqué existe democracia en algunos países y no en otros.

Hay muchos factores que afectan la supervivencia de la democracia, entre los que se cuentan la religión (Huntington 1991: 72-85), la experiencia colonial británica (Weiner 1987; Domínguez 1993), y el grado de fragmentación étnica (Horowitz 1985; Lijphart 1977). Una de las ventajas que tiene el centrar un estudio en América Latina es que se mantienen constantes muchos de esos factores. Todos los países de ese continente son mayoritariamente católicos y lo han sido por siglos, de manera que las diferencias en las preferencias religiosas predominantes no son una explicación del florecimiento de la democracia en algunos países y no en otros. Salvo escasas excepciones, las democracias latinoamericanas han tenido sistemas presidenciales, de modo que el presidencialismo no da cuenta de diferencias de régimen (es decir, democrático o no) en distintos países o épocas. Con excepción de Haití, todos los países tienen una experiencia colonial ibérica,

de tal forma que el pasado colonial entendido en este sentido tan amplio no da respuesta a las diferencias de régimen⁸. A no ser por Panamá, que obtuvo la independencia en 1903, los países considerados se independizaron en la primera mitad del siglo XIX, por lo que todos han sido independientes por un período de tiempo más o menos similar. Estos factores comunes reducen el número de variables independientes y facilitan así el proceso explicativo.

Al dar cuenta del crecimiento de la democracia en el período que se inicia en 1978, entran en juego factores idiosincráticos en todos los países, aunque ha existido una tendencia hacia la democracia en todos ellos. Por lo tanto, en lugar de explicar una tendencia regional sobre la base de desarrollos individuales de los países, busco una explicación de carácter más general. Examinó la variación en los distintos países, pero dentro de un esquema de argumentación que sostiene que se ha producido una tendencia regional impulsada por algunos factores comunes.

Una de las posibles explicaciones de la mayor generalización de la democracia a contar de 1978 es que el vivo paso de la modernización en las décadas anteriores a 1980, aproximadamente, ayudó a promover la democratización. Entre 1950 y 1980, la marcha de la modernización en América Latina fue espectacular. En el Cuadro 3 se muestra que el crecimiento económico entre 1950 y 1979 fue fuerte en la mayoría de los 19 países latinoamericanos. El ingreso per cápita creció a más del triple en el país más grande y más populoso de la región: Brasil. En parte a causa del crecimiento fenomenal de dicho país, el ingreso per cápita de la región como un todo aumentó en 116%. Ese mismo tipo de ingreso ascendió a más del doble en Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, México, Panamá y Venezuela. Por último, el ingreso per cápita sólo subió en cifras inferiores al 50% en unos pocos países pequeños en estas tres décadas.

8 Es totalmente plausible, sin embargo, que diferencias más específicas en el pasado colonial ayuden a entender diferencias de régimen contemporáneas.

CUADRO 3

Ingreso per cápita, América Latina, 1950-1979
(parámetro: dólares de 1970)

	1950	1960	1970	1979	% variación 1950-79
Argentina	817	912	1.208	1.405	72,0
Bolivia	231	192	296	362	56,7
Brasil	233	332	450	773	231,8
Chile	576	679	850	937	62,7
Colombia	370	425	508	728	96,8
Costa Rica	347	474	656	895	157,9
República Dominicana	230	294	351	483	110,0
Ecuador	247	296	355	532	115,4
El Salvador	265	319	397	436	64,5
Guatemala	293	322	417	525	79,2
Haiti	119	117	99	126	5,9
Honduras	232	250	289	294	26,7
México	486	627	893	1.066	119,3
Nicaragua	215	271	394	300	39,5
Panamá	459	549	868	932	103,1
Paraguay	305	293	353	532	74,4
Perú	313	415	525	561	79,2
Uruguay	851	875	905	1.142	34,2
Venezuela	653	914	1.180	1.380	113,3
América Latina	396	490	648	857	116,4

Fuente: *Statistical Abstract of Latin America 1983* 22, 282-3.

LA LITERATURA

Muchos analistas (Bollen 1980; Bollen y Jackman 1985; Coppedge 1997; Coulter 1975; Dahl 1971: 62-80; Diamond 1992; Lipset 1960; Lipset *et al.* 1993; Przeworski *et al.* 1996; Przeworski y Limongi 1997; Rueschemeyer *et al.* 1992) han mostrado la estrecha correlación entre ingreso per cápita y la existencia de democracia a nivel global. Sin embargo, Coulter (1975: 69-84) y Collier (1975) observaron escasa correlación entre democracia e ingreso per cápita en América Latina, si bien han reconocido la estrecha correlación a nivel global⁹. Además, tal como han informado Dahl (1971), May (1973), Przeworski *et al.* (1996), y otros especialistas, la asociación entre nivel de desarrollo y democracia no es lineal, ni siquiera a nivel global. Algunos expertos (Arat 1988) han cuestionado la premisa

9 Más aún, mediante el uso de datos de 132 países del Tercer Mundo en 1988, Hadenius (1992) sostuvo que un alto nivel de desarrollo tenía menos impacto sobre el nivel de democracia de lo que él esperaba tomando otros estudios como base. Aunque esta variable dependiente (nivel de democracia) difiere de la mía (supervivencia democrática), sus resultados sugieren la necesidad de tomar algunas precauciones.

fundamental de la escuela modernizadora, al sugerir que la relación entre modernización y democracia es débil y equivocada. Por lo tanto, no es obvio *ex ante* que un nivel mayor de desarrollo haya contribuido a la democratización en América Latina. Antes de llegar a esa conclusión, necesitamos otras pruebas, además de las correlaciones globales y del fuerte crecimiento del período 1950-1980. Podemos examinar la relación entre modernización y democracia empleando un análisis transversal (es decir, observando si los países más ricos han tenido mayores posibilidades de ser democracias) y análisis longitudinales (es decir, verificando si la modernización en el tiempo favoreció un mayor número de democracias).

Se puede tomar el ingreso per cápita como un factor representativo de modernización. La alfabetización puede ser un mejor sustituto **univariable** de la modernización que el PIB per cápita, pero en América Latina no hay disponibles cifras de alfabetización sobre base anual. En todo caso, el PIB per cápita se correlaciona bastante estrechamente en América Latina con el factor alfabetización. En 1950, la correlación entre alfabetización e ingreso per cápita para los 19 países fue de 0,605; en 1980, fue de 0,552.

ANÁLISIS TRANSVERSAL

Si un mayor nivel de desarrollo favorece la democratización, se podría esperar que los países con mayores ingresos per cápita tuvieran mayores posibilidades de ser democráticos. El Cuadro 4 presenta los datos que permiten verificar si esto es o no efectivo. Siguiendo Przeworski *et al.* (1996) y Przeworski y Limongi (1997), se codifica cada país anualmente; así, hay 988 casos (= 52 años x 19 países).

CUADRO 4

*Probabilidad de democracia por categoría de ingreso,
19 países latinoamericanos, 1945-1996*

PIB per cápita (US\$ de 1980)	Años de régimen (N)	% Años de régimen democrático	% Años de régimen semidemocrático	% Años de régimen autoritario
0 a 399	58	0,0	0,0	100,0
400 a 799	340	10,9	30,6	58,5
800 a 1.199	196	23,0	21,4	55,6
1.200 a 1.799	176	58,0	13,1	29,0
1.800 a 2.399	91	40,7	6,6	52,7
2.400 a 3.199	53	22,6	30,2	47,2
3.200 o más	74	77,0	0,0	23,0
Total (%)	988	290 (29,4)	191 (19,3)	507 (51,3)

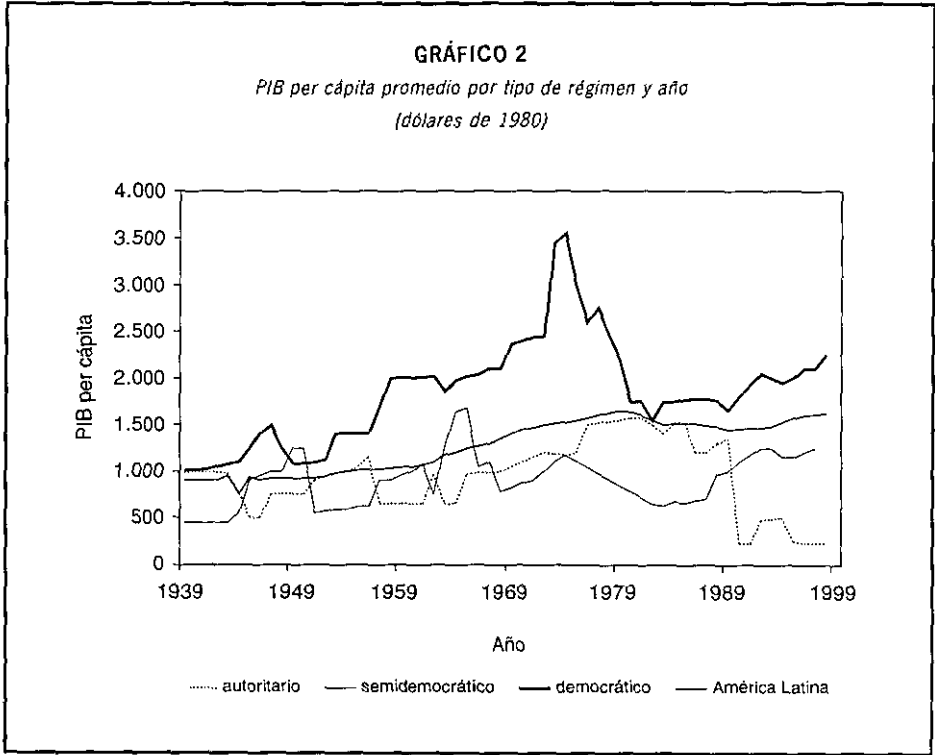
En las categorías correspondientes a bajos y altos ingresos, los datos considerados son coherentes con el argumento según el cual los países más ricos tienen más posibilidades de ser democracias, al contrario de los países pobres. La posibilidad de que un país muy pobre sea democrático es nula; los países muy pobres son autoritarios en una proporción abrumadoramente alta. Y también es poco probable que las otras categorías de bajos ingresos (US\$400 a US\$799 y US\$800 a US\$1.199) sean democracias. La importancia de la categoría compuesta por los ingresos más bajos es cuestionable porque, de los 58 casos, sólo Haití vale por 52, de tal modo que puede tergiversar los resultados. Sin embargo, los datos para las categorías US\$400 a US\$799 y US\$899 a US\$1.199 corresponden a 13 países diferentes y ningún país representa una proporción de casos que sea dominante.

En la categoría de los ingresos más altos, la posibilidad de democracia llega a 77,0%. No obstante, la relación entre categoría de ingreso y democracia dista de ser lineal. La posibilidad de democracia aumenta a 58,0% en el tramo US\$1.200 a US\$1.799 per cápita, pero cae a 40,7% en el tramo US\$1.800 a US\$2.399, y luego a 22,6% entre los US\$2.400 y US\$3.199. Cinco países, que no eran democráticos, se ubican en un nivel bastante alto (US\$2.400 a US\$3.199): Argentina (1946-1951, 1953-1957, 1958-1961, 1962, 1963-1965 y 1966), Chile (1981 y 1989; 1982-1984), México (1980-1986, 1992-1994, 1996), Uruguay (1980-1981) y Venezuela (1948-1953). En forma similar, la alta proporción de regímenes no democráticos en la categoría de \$1.800-\$2.399 procede de seis países: Argentina (1945 y 1952), Brasil (1978-1983), Chile (1973-1980), México (1970-1979), Panamá (1982-1983, 1985-1987, 1993) y Uruguay (1974-1979, 1982-1984). De este modo, la alta proporción de casos no democráticos en estas categorías de ingreso no puede ser atribuida a uno solo o a algunos valores atípicos, como se podría imaginar que ocurre con datos transversales por series cronológicas.

Tampoco la aparente anomalía de una alta proporción de democracias en la categoría entre los US\$1.200 y US\$1799 se debe a la presencia de uno o más valores atípicos. Ahí se encuentran Chile (1945-1962), Colombia (1978-1981, 1983-1990), Costa Rica (1970-1996), República Dominicana (1981, 1993-1994), Ecuador (1979-1996), Panamá (1995), Paraguay (1993-1996), Perú (1981) y Uruguay (1945-1953, 1958-1972). El patrón latinoamericano difiere de lo que Przewoski y Limongi (1997) encontraron a nivel global; lo que ellos mostraron fue una relación casi lineal entre ingreso per cápita y posibilidad de democracia. En América Latina este patrón está lejos de ser lineal.

Otra forma de examinar la relación entre ingreso per cápita y democracia es considerar que las democracias deben tener más posibilidades de contar con ingresos per cápita superiores si el análisis de modernización es correcto. Con el fin de verificar lo anterior, el Gráfico 2 muestra el ingreso per cápita de un país medio por nivel, de democracias, semidemocracias y gobiernos autoritarios, para cada año, desde 1946 a 1996. Con el fin de ilustrar cómo debe leerse el gráfico, considérense los datos correspondientes a 1980. Las seis democracias (Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, Perú y Venezuela) tenían ingresos per cápita, en dólares de 1980, de US\$1.207, US\$1.552, US\$1.130, US\$1.145, US\$1.190, y US\$3.377, respectivamente. La media de estas seis cifras es \$1.645. Como en esta media no se considera el tamaño de la población, ella no constituye un ingreso medio de los individuos que viven en dichos países.

Un cambio en cualquier categoría de un año a otro puede provenir de cambios en los países que están dentro de esa categoría y/o de cambios en el ingreso per cápita de los



Fuentes: 1940-79: *Statistical Abstract of Latin America*, Vol. 22, 1983
 1980-2, 84: *Statistical Yearbook for Latin America*, 1991
 1983: *Statistical Yearbook for Latin America*, 1987
 1985-1992: *Statistical Yearbook for Latin America*, 1993
 1993-1995: *Statistical Yearbook for Latin America*, 1996
 1996: *Statistical Yearbook for Latin America*, 1997

Todas las cifras se encuentran en dólares estadounidenses. Las cifras para el periodo 1940-79 estaban originalmente en dólares de 1970 y han sido corregidas según una cifra de inflación para cada país igual al PNB per cápita del país correspondiente a 1970, expresado en dólares de 1980, dividido por el PNB per cápita de ese mismo país correspondiente al año 1970, expresado en dólares de 1970. Se aplicó un procedimiento análogo a las cifras de 1993-96, expresadas originalmente en dólares de 1990.

países. Un aumento brusco de un año a otro (digamos, de US\$715 en 1987 a US\$986 en 1988 para los regímenes semidemocráticos) no refleja esencialmente altas tasas de crecimiento en ciertos países, sino más bien el paso de México de la categoría autoritaria a la semidemocrática.

Como se esperaba, el ingreso per cápita medio de los países democráticos es casi siempre superior a la media de los países autoritarios y semidemocráticos. Este resultado es coherente con el resultado generalizado referente a que los países cuyo ingreso per cápita es superior tienen más posibilidades de ser democráticos. Sólo un año (1982), en un período de 57, la media de los países cuyos regímenes eran autoritarios excedió la correspondiente a las democracias, y la media de los países semidemocráticos siempre fue inferior. Sin embargo, el ingreso per cápita medio de las democracias no siempre ha sido

significativamente superior al de los gobiernos autoritarios. De hecho, la brecha ha sido estrecha en algunos periodos.

A mediados de la década de 1970, cuando la democracia era una excepción, el ingreso per cápita más alto era un punto a su favor, pero esto se debía en parte a que una de las tres democracias era Venezuela, con el ingreso per cápita más alto de la región. A fines de la década de 1970 y a comienzos de la década siguiente, algunos países comparativamente pobres (Bolivia, República Dominicana, Ecuador y Perú) iniciaron una serie de transiciones a la democracia. Desde 1976 a 1983, la mayoría de los países más ricos de la región (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay) seguían atascados en regímenes autoritarios. Al mismo tiempo, después de 1979, varios países con ingresos per cápita inferiores al promedio regional eran democráticos. Así, Honduras, Bolivia, Perú y República Dominicana, que en 1985 tenían la segunda, tercera, séptima y octava cifras inferiores en la escala del PIB per cápita regional, eran democráticos o semidemocráticos. Como resultado, desde 1979 a 1986, el ingreso per cápita en las democracias nunca ascendió a más del 24% con respecto a los regímenes autoritarios. Si se elimina a Haití, el país más pobre de la región y permanentemente autoritario hasta 1991, a principios y a mediados de la década de 1980, los gobiernos autoritarios generalmente tenían un ingreso per cápita superior a las democracias.

Argentina en 1983, Uruguay en 1985 y Brasil ese mismo año experimentaron transiciones a la democracia. Como los ingresos per cápita de estos tres países estaban entre los seis más altos de la región entre 1983 y 1985, estas transiciones aumentaron sustancialmente el ingreso medio de las democracias y redujeron el correspondiente a los regímenes autoritarios. Hacia fines de la década de los 80, se abrió una brecha considerable entre los grupos democráticos y los autoritarios. Para ese entonces todos los países más desarrollados de la región eran democráticos o semidemocráticos. Algunos países pobres (Bolivia, República Dominicana y Perú hasta 1990) permanecieron en la categoría democrática; no obstante todos los países autoritarios, salvo México, eran pobres.

Las correlaciones entre los puntajes Freedom House y el ingreso per cápita para el período 1972-1996 son significativas en cuanto a observar si el uso de una medición continua de democracia, en lugar de la simple distinción democrático/semidemocrático/autoritario, tiene la posibilidad de cambiar estos resultados. Si la teoría de la modernización fuera válida en América Latina, se podría esperar una importante correlación negativa entre los puntajes Freedom House y el ingreso per cápita, puesto que una alta calificación de Freedom House indica menos democracia. El Cuadro 5 muestra los resultados.

La información del Cuadro 5 refuerza el análisis asociado al Cuadro 4 y al Gráfico 2. Durante fines de la década de los 70 y comienzos de la década de los 80, las correlaciones entre los puntajes Freedom House y el ingreso per cápita eran débiles, descendiendo incluso hasta $-0,8$ en 1982. La correlación siguió siendo constantemente baja, a $-0,30$ o menos, hasta 1984. Alrededor de 1989, la correlación se había puesto más fuerte ($-0,51$), y siguió siéndolo, con moderación, durante todo el año 1996. Sin embargo, incluso la correlación más alta ($-0,52$ en 1991) es menor de lo reportado por Coulter (1975: 22) para 85 países; lo obtenido por él es una correlación poderosa de $0,67$ entre el ingreso per cápita y su medición de democracia liberal. Las correlaciones entre ingreso per cápita y los puntajes Freedom House en América Latina durante el período 1972-1996 generalmente son mucho menores.

CUADRO 5

Correlación entre los puntajes Freedom House y el ingreso per cápita

1972	-0,25	1985	-0,32*
1973	-0,25	1986	-0,32*
1974	-0,25	1987	-0,35*
1975	-0,27	1988	-0,39*
1976	-0,15	1989	-0,44**
1977	-0,14	1990	-0,47**
1978	-0,17	1991	-0,52**
1979	-0,10	1992	-0,47**
1980	-0,17	1993	-0,40**
1981	-0,22	1994	-0,51**
1982	-0,08	1995	-0,50**
1983	-0,30	1996	-0,51**
1984	-0,35*		

* Significativo al 0,10

** Significativo al 0,05

Los puntajes Freedom House refuerzan dos conclusiones. Primero, las democracias, por lo general, han sido más ricas que las no democracias¹⁰. Segundo, al comparar las apreciables correlaciones entre democracia e ingreso per cápita más alto informadas por otros especialistas a nivel global, esta correlación para América Latina entre 1972 y 1996 resulta débil o moderada. Si hubiera una relación lineal entre modernización y democracia, se podría esperar que los países democráticos estén entre los más desarrollados económicamente. Esto es efectivo para algunos períodos y, sin embargo, el patrón es mixto para otros.

Quienes trabajan en la comparación de la relación entre ingreso per cápita y democracia a nivel global han evitado tratar el desarrollo económico como una fuerza productora de democracia en forma automática. En el caso de América Latina es claramente necesario proceder con esa cautela, pues junto con Europa del Este es una de las dos regiones del

10 La asociación entre un ingreso per cápita mayor y democracia no determina la dirección causal. Es concebible que las democracias hayan promovido tasas de crecimiento más altas, con lo que se producirían mayores ingresos per cápita. En ese caso, un ingreso per cápita superior en las democracias sería más bien el resultado de la democracia y no al revés. Es poco probable que se dé esta posibilidad teórica en América Latina, puesto que los países que caen dentro de los tipos de regímenes democrático, semidemocrático y autoritario han cambiado mucho en el tiempo. Przeworski y Limongi (1993), al tomar como base todo el conjunto de los países del mundo, encontraron que los regímenes autoritarios y democráticos tienen tasas de crecimiento similares. Se necesitan mayores estudios para establecer definitivamente este resultado, específicamente para América Latina.

mundo en que ha sido más tenue la correlación entre mayores niveles de vida y democracia (Collier 1975; Diamond 1992). El desarrollo económico no ha actuado como demiurgo que automáticamente llevara a la democracia.

Si se esperara una relación lineal entre mayor ingreso per cápita y democracia, América Latina presentaría algunas anomalías. En primer lugar, algunos países comparativamente ricos han tenido largos periodos de gobierno autoritario. Al observar la mayor parte del período posterior a la década de los 50, Argentina se destaca como un mal alumno de democracia, al tomar en cuenta el alto nivel del ingreso per cápita y de la calidad de vida. Durante todo el lapso 1940-1983, Argentina tenía el primer o segundo ingreso per cápita más alto de la región. No obstante, hasta 1983, el país osciló entre periodos semidemocráticos (1946-1952, 1958-1962, 1963-1966) y abiertamente autoritarios (1940-1946, 1955-1958, 1962-1963, 1966-1973, 1976-1983). El ingreso per cápita de Argentina en 1950 ya era el doble del ingreso de 1979 correspondiente a varios países pobres que experimentaban transiciones a la democracia y que siguieron siendo fundamentalmente democráticos en la década de los 80. México también es un valor atípico: autoritario hasta 1988 (cuando se volvió semidemocrático) a pesar de tener uno de los ingresos per cápita más altos de la región. En forma similar, Chile y Uruguay, con sus niveles de vida comparativamente altos, no debieran haber experimentado quiebres en 1973.

La segunda anomalía se refiere al hecho de que la democracia se ha mantenido en algunos países pobres por un tiempo considerable en las dos últimas décadas. Si se tomara como base el bajo nivel de desarrollo, no se podría esperar que la democracia o la semidemocracia sobrevivieran en Bolivia, El Salvador, Honduras o Nicaragua. Sin embargo, dichos países no han tenido quiebres democráticos. Tampoco se podría esperar que países pobres, tales como República Dominicana, Ecuador y Perú, estuvieran a la vanguardia de la ola de democratización iniciada en 1978.

Si sólo se tratara de unas pocas anomalías dentro de un patrón discernible y general, se las podría desechar como excepciones a la regla. Sin embargo, en América Latina se han dado periodos en los cuales la correlación entre democracia e ingreso per cápita es discutible. E incluso cuando las democracias han tenido ingresos per cápita superiores, la correlación no es demasiado grande.

La última anomalía se refiere al hecho de que el ingreso per cápita de los regímenes autoritarios a menudo es mayor que el de las semidemocracias. Tal fue el caso durante 29 años, comparados con 21 años en que los países semidemocráticos tenían un ingreso per cápita más alto (durante siete años no hubo gobiernos semidemocráticos). Si la relación entre ingreso per cápita y democracia fuera lineal, se podría esperar que, por lo general, los países semidemocráticos de Latinoamérica fueran más ricos que los autoritarios.

ANÁLISIS LONGITUDINAL

Hasta el momento se ha realizado una comparación entre países en un momento dado. Además, si el argumento de la modernización se aplicara en forma lineal, el número de democracias aumentaría a medida que los países alcanzaran un mayor nivel de desarrollo. Los periodos de crecimiento económico serían sucedidos por un florecimiento de la democracia, y los periodos de considerables problemas económicos podrían llevar a re-

gresiones autoritarias. El panorama actual no es parejo. En América Latina, la baja en los niveles de vida en los años ochenta impulsó menos involuciones autoritarias que las olas de democratización anteriores. Por el contrario, las involuciones autoritarias de los años sesenta y setenta siguieron muy de cerca al rápido crecimiento de los años cincuenta y sesenta. Si el crecimiento económico tuviera un impacto lineal sobre la democracia, se podría esperar un mayor número de democracias en 1976 que en 1960. En realidad, se dio el caso opuesto: había más democracias entre 1958 y 1967 que entre 1973-1974 y 1976-1977. Más aún, la incidencia de regímenes abiertamente autoritarios fue mayor a mediados de la década de 1970 que en el período 1958 y 1963. No obstante, la región como un todo tenía un nivel de vida considerablemente mejor a mediados de la década de los 70 en comparación con los años sesenta.

Como prueba adicional, los quiebres democráticos de Brasil (1964), Argentina (1976), y de Chile y Uruguay (1973) ocurrieron en momentos de problemas económicos (O'Donnell 1973). Sin embargo, dichos problemas no deben obscurecer el crecimiento general de los años cincuenta y sesenta. La opinión dominante hoy en día es que esos problemas económicos no constituían el factor principal tras la mayoría de esos primeros golpes (Collier 1979; Santos 1986; Stepan 1971). Los problemas clave tenían que ver, más bien, con radicalización política, intransigencia de algunos actores y pobreza en el liderazgo. Los resultados económicos fueron mucho peores en los años 80, comparados con los de los sesenta y setenta, y no condujeron a cambios de regímenes¹¹. Además, algunos quiebres en los regímenes democráticos o semidemocráticos ocurrieron durante períodos de expansión económica, como fue el caso de Argentina en 1966.

En resumen, si bien el desarrollo económico fue un factor que contribuyó, no explica totalmente la vuelta de América Latina a la democracia. El hecho de que la correlación entre ingreso per cápita y democracia haya sido débil durante períodos prolongados sugiere que la modernización no es la única explicación. Aunque el crecimiento económico de las décadas anteriores a la tercera ola contribuyó a la posibilidad de una longevidad democrática, la poliarquía ha sobrevivido tanto en los países pobres como en los de ingreso intermedio de América Latina, lo que sugiere que la modernización por sí misma no es una explicación de la estabilidad democrática del período posterior a 1978¹². Estas observaciones no constituyen un abandono total de la hipótesis de la modernización. Hasta los años 80, los países más pobres de la región tenían muy pocas posibilidades de ser democráticos. No obstante, el cambio de actitud en Latinoamérica ha sido más importante de lo que los estructuralistas han reconocido.

ESTABILIDAD Y PORCENTAJE DE QUIEBRES DE DIFERENTES

REGÍMENES CON DIFERENTES NIVELES DE DESARROLLO

En un trabajo reciente y señero, Przeworski y Limongi (1997) sostuvieron que los países desarrollados tienen más posibilidades de ser democracias, porque, una vez establecida,

11 Linz y Stepan (1989,1996) sostienen adecuadamente que la legitimidad democrática no depende en gran medida del rendimiento socioeconómico.

12 Acerca del carácter no lineal de la relación entre ingreso per cápita y democracia, ver Dahl (1971: 62-80); Domínguez (1993); Hadenius (1992).

la democracia en estos países es menos vulnerable. Muestran que el proceso de modernización per se no explica esta correlación. ¿Es pertinente este argumento en América Latina?

La respuesta más simple es no (Cuadro 6). La experiencia latinoamericana es contraria a lo que se observa en un nivel comparativo de mayor amplitud. Dentro de las categorías de ingreso per cápita usadas en este trabajo, la democracia en América Latina sólo ha sido menos vulnerable al quiebre y a la erosión a niveles más altos, al alcanzar los \$3.200 per cápita.

Inicialmente, los datos parecen ser coherentes con el argumento autoritario-burocrático planteado por O'Donnell (1973). Dicho autor sostuvo que en cierto nivel de desarrollo en los años sesenta y setenta, la modernización producía presiones *contra* la democracia, de modo que sería esperable, tal como ocurre, una baja en la posibilidad de democracia a medida que el ingreso per cápita aumenta. Es interesante, en vista de que los hechos concuerdan con el planteamiento de O'Donnell, que la mayor parte de la literatura escrita con posterioridad haya estado en desacuerdo.

Un análisis más detallado respalda sólo en parte y no totalmente el planteamiento de O'Donnell. La democracia fue quebrantada virtualmente en toda América Latina en las décadas de los 60 y 70. Los países más desarrollados no presentaban una vulnerabilidad especial, de modo que no está claro que la modernización haya podido generar determinadas presiones conducentes a un quiebre. Puede haber sido el caso de algunos países, pero no de la región como un todo. Es más, ciertos analistas (D. Collier 1979) dudan de la relación causal postulada por O'Donnell entre cierta fase de industrialización y quiebre democrático. Los principales factores tras estos quiebres fueron la radicalización y la polarización en el contexto de la Guerra Fría (Linz y Stepan 1978; Santos 1986; A. Valenzuela 1978). Sin embargo, en concordancia con el argumento de O'Donnell, un nivel de modernización mayor no aumentó la inmunidad al quiebre en América Latina en los años sesenta y setenta. En una perspectiva de comparación más amplia, este resultado es interesante y característico.

Sólo se produjeron seis rupturas democráticas clásicas (en oposición a las erosiones de la democracia o la semidemocracia) durante este período de 52 años: Argentina (1976), Chile (1973), Guatemala (1954), Perú (1968), Uruguay (1973) y Venezuela (1948). El pequeño número de rupturas es testimonio de lo difícil que ha sido construir la democracia en América Latina; sin democracia, no hay quiebre. No obstante, es alentador notar que una vez que existen, las democracias son difíciles de derribar.

Además de las rupturas mencionadas, se da el caso de tres regímenes erosionados hasta un punto en que ya no se podía seguir considerándolos democracias: Colombia, República Dominicana y Perú. La diferencia entre quiebre democrático y erosión democrática en el Cuadro 6 depende, operacionalmente, de si la democracia sucumbe al autoritarismo o a la semidemocracia. Empíricamente, todos las rupturas implicaron golpes militares exitosos que instalaron dictaduras. No fue así en el caso de ninguna de las erosiones democráticas, aunque la erosión ocurrida en el Perú fue sucedida por el golpe de Fujimori en 1992.

El Cuadro 4 muestra que la posibilidad de democracia era inferior en las categorías US\$1.800-2.399 y US\$2.400-3.199 respecto del tramo US\$1.200-1.799. En cambio, el Cuadro 6 muestra que esto no se debe a que las democracias tuvieran una marcada

CUADRO 6

Probabilidad de transiciones de régimen por tipo de régimen
y categoría de ingresos, 19 países latinoamericanos, 1945-96

PIB per cápita (US\$ de 1980)	Nº de casos democráticos	Tasa de ruptura y erosión de democracias	Nº de casos semidemocráticos	Tasa de transición de semidemocracias*	Nº de casos autoritarios	Tasa de transición de regímenes autoritarios	Tasa de transición de todos los regímenes
0 a 399	0	-	0	-	58	0,0	
400 a 799	37	2,7	104	6,7	199	5,5	5,6
800 a 1.199	45	4,4	42	11,9	109	5,5	6,6
1.200 a 1.799	102	2,9	23	4,3	51	5,9	4,0
1.800 a 2.399	37	2,7	6	16,7	48	8,3	6,6
2.400 a 3.199	12	8,3	16	18,8	25	16,0	15,1
3.200 o más	57	1,8	0	-	17	17,6	5,4
Total	290	3,1	191	8,9	507	6,1	5,8
# transiciones / # años de régimen		(9/290)		(17/191)		(31/507)	

* Incluye las transiciones a democracias y las reinstauraciones de regímenes autoritarios

Nota: Cada año cuenta como un caso separado para cada país. Las transiciones de régimen de menos de un año de duración no se incluyeron en la serie de datos.

posibilidad de caer en estos niveles de ingreso más altos. La principal razón de esta alta incidencia de los regímenes no democráticos en la categoría de ingresos entre los US\$2.400-3.199 en el Cuadro 4 se debe, más bien, a que las no democracias experimentaron un crecimiento económico que las llevó hacia esta categoría. Esto es efectivo respecto de Argentina, que siguió alejada de la democracia entre 1930 y 1973 y alcanzó el nivel US\$2.400 en 1946; Chile, que fue autoritario desde 1973 a 1990 y llegó al nivel de los US\$2.400 en 1981; México, que alcanzó esta marca en 1980; y Uruguay, que fue autoritario entre 1973 y 1985 y sobrepasó los US\$2.400 per cápita en 1980. En 1948, Venezuela fue la única democracia derribada cuando su ingreso per cápita fluctuaba entre los US\$2.400 y \$3.199.

En contraste con el patrón de supervivencia de los regímenes respecto de las democracias, que oscila al azar a medida que el ingreso per cápita aumenta, los regímenes autoritarios son más vulnerables a experimentar transiciones a medida que el ingreso crece. El porcentaje de transición de los regímenes autoritarios, es decir, la posibilidad de que pasen a ser democráticos o semidemocráticos en un año determinado, aumenta en forma casi unilineal a medida de que el ingreso per cápita se incrementa. Asimismo, las semidemocracias de más altos ingresos también tienen considerables posibilidades de experimentar transiciones de régimen, aunque ese aumento no es tan unilineal como en lo que respecta a los regímenes autoritarios.

La razón de que la democracia sea más común en los niveles de mayores ingresos dentro de Latinoamérica se opone al patrón comparativo más amplio señalado por Przeworski y Limongi (1997). El hecho de que la democracia esté más generalizada en América Latina en los niveles de ingreso superiores no se debe a que sea menos vulnerable (lo cual es cierto sólo sobre los US\$3.200 per cápita, en dólares norteamericanos de 1980), sino más bien, y principalmente, a que es mayor la posibilidad de desestabilizar las no democracias, algunas de las cuales se convierten en democracias. La mayor estabilidad observable en las democracias latinoamericanas sobre el umbral de los \$3.200 per cápita refuerza la correlación entre ingreso per cápita más alto y democracia; sin embargo, esta correlación existe principalmente debido a que las democracias tienen más posibilidades de ser transformadas en niveles de ingreso superiores. La correlación entre democracia e ingreso per cápita mayor es más débil de lo observado a nivel global, porque son más las rupturas democráticas en países con ingresos medios, que no han alcanzado el umbral de los \$3.200.

¿POR QUÉ LA MODERNIZACIÓN FAVORECE, DE ALGUNA MANERA,

LA DEMOCRATIZACIÓN?

Sobre la base de la discusión anterior, surgen dos interrogantes destacables. La primera se refiere al porqué los países que tienen un ingreso per cápita más alto cuentan, en cierta medida, con más posibilidades de ser democráticos. La segunda se plantea por qué la correlación entre democracia e ingreso per cápita ha sido modesta en América Latina en comparación con el resto del mundo.

Como acabamos de ver, en el caso latinoamericano la respuesta a la primera pregunta depende principalmente de la razón por la cual los regímenes no democráticos tienen

mayores tasas de transición cuando los niveles de desarrollo son más altos. Hay tres factores, todos analizados con gran detalle en otros estudios, que ayudan a explicar este intrincado asunto (Diamond 1992; Lipset 1960; Rueschemeyer *et al.* 1992; Santos 1985). Primero, un mayor nivel de desarrollo se asocia con una cultura política más democrática. Hay más ciudadanos con más información que en los países más pobres. Los niveles de educación son superiores, y los ciudadanos más educados son, a su vez, ciudadanos más activos, capaces de presionar por la democracia. El Cuadro 7 muestra una proporción decreciente de los analfabetos en cada país de Latinoamérica entre 1950 y 1980, aproximadamente. En gran parte de los países la baja es impresionante; por ejemplo, de un 50,5% a un 15,3% en Venezuela. No sólo las habilidades rudimentarias de leer y escribir han mejorado en décadas, la proporción de los ciudadanos que han tenido acceso a educación escolar completa y a la obtención de grados universitarios es mayor que nunca. Lo anterior no significa que los niveles de educación hayan ascendido en términos absolutos en décadas recientes, sino sólo que han aumentado considerablemente.

Es evidente que algunas personas con poca educación formal han participado efectivamente en política y que muchas personas educadas no participan. Sin embargo, la educación formal, por lo general, allana el camino para una participación más efectiva. Los datos de estudio correspondientes a América Latina han mostrado coherentemente que, al igual que en todas partes, los ciudadanos más educados tienen más posibilidades de interesarse en política, de participar y de expresar actitudes consideradas democráticas.

Segundo, el crecimiento económico transformó la estructura de clases en forma generalmente propicia para desafiar al autoritarismo. Condujo a la formación de una gran clase media. Si bien los sectores medios latinoamericanos no han respaldado la democracia uniformemente, en gran parte de los países fueron actores importantes en las transiciones a la democracia y han seguido respaldándola. Este argumento es coherente con la opinión de Lipset (1960) en cuanto a que la expansión de la clase media favorece la democracia.

A pesar del carácter de capital intensivo que tiene la industrialización en América Latina, el crecimiento económico favoreció la expansión de las organizaciones laborales (Rueschemeyer *et al.* 1992). Las organizaciones laborales respaldaron la mayoría de las transiciones a la democracia y combatieron las dictaduras militares; por lo general, apoyaron los regímenes democráticos, aunque no permanentemente (R. Collier, en preparación).

El crecimiento también se ha asociado con urbanización, la que ha seguido su curso rápidamente en cada país latinoamericano, entre 1950 y 1980. En lo que respecta a la totalidad de la región, la proporción de la población que vive en áreas urbanas, con al menos 20.000 habitantes, virtualmente se duplicó en esas tres décadas, de un 25,7% a un 47,3%. En algunos países, el ritmo de urbanización fue impresionante: por ejemplo, del 22% al 54% en Colombia y del 11% al 41% en República Dominicana. En las áreas urbanas, los pobres tienen más oportunidades de participar en política que en las áreas rurales (Santos 1985). En las ciudades, los pobres se unen a las asociaciones vecinales, a movimientos sociales y a organizaciones cívicas. El hecho de que la proporción de la población que vive en áreas urbanas sea mayor reduce el impacto político del mundo rural, en el cual los pobres a menudo han sufrido un dominio personalista y de clientela.

El crecimiento económico condujo a la diversificación. La producción manufacturera se expandió en casi todos los países de Latinoamérica entre 1950 y 1980, en tanto el sector

CUADRO 7

Tasas de analfabetismo en las democracias latinoamericanas
(porcentaje de población mayor de 15 años de edad)

Pais	Año	Analfabetismo	Año	Analfabetismo
Argentina	1947	13,6 ^a	1980	6,1
Bolivia	1950	67,9	1988	18,9
Brasil	1950	50,5	1980	25,5
Chile	1952	19,8	1980	8,9
Colombia	1951	37,7	1980	12,2 ^b
Costa Rica	1950	20,6	1980	7,4
Rep. Dominicana	1950	57,1	1980	31,4 ^c
Ecuador	1950	44,3	1980	16,5
El Salvador	1950	60,6	1980	32,7 ^d
Guatemala	1950	70,7	1980	44,2
Haití	1950	89,5	1980	62,5
Honduras	1950	64,8	1985	40,5
México	1950	43,2	1980	16,5
Nicaragua	1950	61,6	1980	13,0
Panamá	1950	30,0	1980	12,9
Paraguay	1950	34,2	1980	12,3
Perú	1950	48,8 ^e	1980	18,1
Uruguay	1960	9,5 ^f	1980	5,0
Venezuela	1950	50,5	1980	15,3

^a Cifra para las personas de 14 años de edad y más

^b Cifra para las personas de 10 años de edad y más.

^c Cifra para las personas de 5 años de edad y más; excluye a la población indígena que habita en la selva.

^d Estimación de la UNESCO.

^e Estimación (extrapolación de las cifras de 1940 y 1960)

^f No se llevó a cabo ningún censo en Uruguay entre 1908 y 1963.

Fuentes: ECLAC, *Statistical Yearbook for Latin America 1981*, 97, hacia 1950; ECLAC, *Statistical Yearbook for Latin America 1990*, 54, hacia la década de 1980; *Statistical Abstract of Latin America 26* (1988), 156, para Nicaragua 1980; *Statistical Abstract of Latin America 29* (1992), 213, para Honduras 1985; Instituto Nacional de Estadística, Perú: *Compendio Estadístico, 1988* (1989), 99, para Perú hacia la década de 1950.

servicios se extendió en forma generalizada, a medida de que la participación de la agricultura en las economías nacionales descendía. De esta forma, la modernización debilitó el dominio de los hacendados en el sistema político, actores que con frecuencia han sido autoritarios cuando han tenido influencia política. La baja comparativa de la agricultura fue especialmente apreciable a través de su menor participación en las exportaciones. Entre 1960 y 1980, la parte de la agricultura en el total de las exportaciones cayó de un 50,7% a un 29,3% en toda la región. En México, la participación agrícola en las exportaciones bajó de un 56,2% en 1965 a un 11,1% quince años después; en Perú, durante ese mismo período de quince años, el porcentaje de la participación de la agricultura cayó desde el 54,6% al 9,7% (ECLAC 1984: 159). En Ecuador, descendió desde el 96,5% en 1960 al 25,2% en 1980; en el caso de Brasil, la baja fue del 88,4% al 46,8%.

Esta economía multifacética y las transformaciones sociales redujeron la influencia política de los terratenientes. A la larga, el crecimiento económico promovió la diversificación de los intereses, la creación de nuevos grupos que equipararon el poder de los hacendados. Rueschemeyer, Huber Stephens y Stephens (1992) han sostenido en forma convincente que, en las sociedades en transición, los hacendados conforman el sector más antidemocrático de las clases acaudaladas.

El desarrollo económico ha ayudado a fortificar la sociedad civil, mediante la creación de contrapesos al Estado, a las elites tradicionales y a las fuerzas armadas que dominaron el Estado en tantos países latinoamericanos. Tal como han señalado Diamond (1992), Putnam (1993), Rueschemeyer *et al.* (1992) y Tocqueville (1969), una sociedad civil robusta favorece la democracia, puesto que crea grupos organizados que participan activamente en la vida cívica. Lo anterior no significa sugerir que todos los grupos de la sociedad civil hayan fomentado la democracia, pero muchos lo han hecho.

Finalmente, el crecimiento económico integró más estrechamente a América Latina dentro del sistema mundial, en primer lugar, mediante la fuerte participación en el creciente aumento de las importaciones y exportaciones, lo que significa apertura a productos, tecnología y compañías de otros países. Asimismo, la región se integró a la expansión de las comunicaciones y el transporte internacionales y a los mayores ingresos, lo cual hace posible que la gente, los grupos de interés, los negocios y los gobiernos obtengan ventaja de estos mayores vínculos.

¿Por qué, entonces, la correlación entre el ingreso per cápita y la democracia ha sido más débil en América Latina que a escala global? Una respuesta definitiva a esta pregunta está a la espera del resultado de mayores investigaciones; sin embargo, parte de esa respuesta es que, a escala global, los países con mayores ingresos per cápita han tenido muchas posibilidades de ser democráticos, en tanto que los países cuyo ingreso per cápita es muy bajo han sido autoritarios, por lo general (Dahl 1971: 62-80; Przeworski 1996 *et al.*). La mayoría de los países latinoamericanos se encuentra en una categoría intermedia, precisamente donde se podría esperar mayor incertidumbre en cuanto al tipo de régimen. A pesar de las importantes diferencias transnacionales al interior de Latinoamérica, la gama de los niveles de ingreso per cápita es menor a la que existe en todo el universo de países del mundo.

ACTITUDES POLÍTICAS Y SUPERVIVENCIA DEMOCRÁTICA

Si las transformaciones económicas no explican completamente por qué América Latina se volvió mayoritariamente democrática, y ha seguido siéndolo, debemos buscar, entonces, otras razones que ayuden a dar cuenta de esta transformación. El segundo factor que ha contribuido a la mayor supervivencia de las democracias latinoamericanas gira alrededor de los cambios en las actitudes políticas, hacia una mayor valoración de la democracia. Esta transformación fue significativa en lo que respecta a varios actores importantes y para la mayor parte del espectro político.

Las actitudes políticas no se derivan intrínsecamente de un nivel dado de desarrollo o de antecedentes histórico-culturales. Por esta razón, el enfoque que se presenta consiste en analizar sucintamente los cambios en las actitudes hacia la democracia y la política a

través del tiempo y los países, más que en afirmar un conjunto constante de valores para toda América Latina. Estas actitudes pueden cambiar significativamente en un periodo de tiempo relativamente breve. Este enfoque difiere de aquellos que ponen énfasis en la antigua tradición del catolicismo ibérico, vista como antidemocrática. Este último enfoque es demasiado estático y homogéneo para ser aplicado en la región como un todo, y pasa por alto importantes transformaciones ocurridas al interior de la Iglesia Católica (Levine 1992; Mainwaring 1986). Si la tradición del catolicismo ibérico fuera intrínsecamente adversa a la democracia, sería difícil de explicar la permanencia de los regímenes democráticos en varios países durante largos periodos. También sería difícil explicar la retirada del autoritarismo en los años 80.

Los factores ligados a la actitud se relacionan con algunos aspectos de los factores estructurales, que de alguna manera son independientes. Es más posible encontrar actitudes democráticas entre los actores urbanos y no entre los actores rurales, entre las poblaciones más educadas y no entre las menos educadas, cuando la sociedad civil es fuerte y no cuando es débil. No obstante, las actitudes no se vuelven más democráticas de manera lineal a medida que crece el empleo, cuando las sociedades se hacen más urbanas o cuando las sociedades civiles se fortalecen.

El cambio de actitudes hacia la política y la democracia ha sido estudiado detalladamente con respecto a ciertos actores latinoamericanos considerados individualmente (p.ej., ciertos partidos políticos e intelectuales). Sin embargo, las profundas consecuencias de estos cambios no siempre han sido integradas dentro de una comprensión del enorme cambio que ha significado alejarse del autoritarismo (ver excepciones en Diamond 1996; Weffort 1985).

Los mayores cambios de actitud hacia la democracia en América Latina han provenido de la izquierda. A pesar de que nunca fue una fuerza numéricamente importante, la izquierda revolucionaria tuvo un impacto importante en muchos países latinoamericanos durante los años sesenta y setenta. Fue autoritaria en cuanto a sus prácticas y a su sistema político preferido, y recurrió a la violencia para el logro de sus objetivos (Gillespie 1982; Ollier 1998). Consideró la democracia liberal como un formalismo burgués, creyó que la violencia era necesaria para "liberar" a la clase trabajadora y abogó por un socialismo revolucionario incompatible con la democracia.

La izquierda nunca tuvo posibilidades serias de acceder al poder en la mayoría de los países; sin embargo, las elites privilegiadas, los militares y los Estados Unidos la consideraban una amenaza. En gran parte de los países latinoamericanos la derecha era autoritaria incluso antes de que los jóvenes revolucionarios aparecieran en escena; no obstante, la extrema izquierda aguijoneó a la derecha hacia posiciones más violentas. En los años sesenta los actores conservadores temieron, no sin fundamento, que el cambio revolucionario los llevara a su destrucción. Reaccionaron con intransigencia, respaldando a gobiernos autoritarios. A su vez, el autoritarismo de derecha llevó a las fuerzas disidentes a creer que la realización de cambios políticos a través de canales convencionales era imposible.

Hacia mediados de la década de los 80, ya no se consideraba que la izquierda revolucionaria fuera un actor en la mayoría de los países (Castañeda 1993), si bien Perú, El Salvador, Guatemala y Nicaragua seguían siendo excepciones. En gran parte de los países estaba físicamente aniquilada. Llegó a ser obvio que su mayor efecto no era liberar al

“pueblo”, sino agujonear a las fuerzas armadas hacia una represión despiadada. En Brasil y el Cono Sur, la mayor parte de la izquierda revolucionaria reevaluó y rechazó sus primeras convicciones y prácticas políticas (Ollier 1998). Por haber vivido bajo brutales dictaduras, la mayoría de los sobrevivientes concluyó que la democracia era necesaria y deseable. La Unión Soviética y China aparecieron ante la izquierda latinoamericana como modelos autoritarios. La crisis del socialismo existente, que culminó con el colapso de la Unión Soviética, disminuyó aún más el atractivo de las ideologías izquierdistas autoritarias.

Hacia 1990, la izquierda en gran parte de América del Sur había cambiado sus opiniones políticas, no así en América Central (especialmente en Nicaragua, El Salvador y Guatemala). El agotamiento del régimen sandinista en Nicaragua y su posterior derrota en las votaciones de 1990 inició un proceso de reflexión crítica entre los revolucionarios de América Central. Con la aplastante derrota de Sendero Luminoso en Perú y la ejecución de los miembros del FMLN en El Salvador, la ola revolucionaria se retiró aún más. A mediados de la última década, el fervor revolucionario era todavía más débil que una década atrás y las guerras civiles en América Central llegaron gradualmente a un alto. La mayoría de los sobrevivientes del FMLN en El Salvador se unieron al proceso democrático con la firma de un acuerdo de paz en 1992. El M-19 en Colombia se integró a la política electoral. La mayor parte de los sandinistas, que anteriormente se mostraban ambivalentes u hostiles respecto de la democracia liberal, poco a poco llegaron a creer que era la única forma.

Históricamente y hasta la fecha, los intelectuales han tenido más influencia en América Latina que en los Estados Unidos. En las décadas de los sesenta y setenta, la mayoría de los intelectuales latinoamericanos políticamente influyentes era de izquierda, hostiles al capitalismo y ambivalentes (en el mejor de los casos) respecto de la democracia liberal. La teoría de la dependencia estaba en pleno auge. La mayoría de los intelectuales consideraba que el cambio social de carácter radical era una prioridad más urgente que la democracia liberal. Muchos dudaban que la democracia burguesa fuera posible en condiciones de desarrollo dependiente.

En el período posterior a 1978, los intelectuales se mostraron más convencidos de la importancia de la democracia (Lamounier 1979; Pakenham 1986; Weffort 1985). Hacia fines de la década de los 80, la teoría de la dependencia había perdido su credibilidad (Pakenham 1992), la teología de la liberación estaba sometida a una gran discusión y la fascinación por la revolución se había serenado. Estos cambios ocurrieron como parte de una tendencia internacional; también en Europa los intelectuales cuestionaban cada vez más al autoritarismo de izquierda, renunciaban al marxismo y abrazaban la democracia liberal. Quien mejor resume la impresionante transformación de los intelectuales latinoamericanos es el Presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso (1995-), una persona que pasó de ser uno de los teóricos más prominentes de la dependencia a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, a prestar atención principalmente a la democracia y su valor intrínseco a fines de los años setenta y la década de los 80, para finalmente, al convertirse en presidente en esta última década, poner en práctica políticas orientadas al mercado y a reducir el tamaño del Estado.

El cambio de la izquierda no se limitó a los grupos insurrectos y a los intelectuales, se extendió también a los partidos significativos desde el punto de vista electoral. El Partido Socialista chileno, comprometido con los ideales leninistas y retóricamente favorable a la

sublevación revolucionaria en los años sesenta y setenta, se convirtió en un firme partidario de la democracia liberal en la década de 1980 (Walker 1990). En 1972, el Comité Central de dicho partido criticó al gobierno socialista de Salvador Allende por respetar "los mecanismos burgueses que son, precisamente, lo que nos impide lograr los cambios que necesitamos" y llamó a la dictadura del proletariado (Walker 1990:159). Sólo una década después, en 1982, el ala del partido que había denunciado más enérgicamente la institucionalidad burguesa rechazó explícitamente el socialismo existente, al afirmar que había fracasado en la "creación de mecanismos de gobierno democrático capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por esta razón, no constituye un modelo inspirador para el socialismo chileno" (Walker 1990:188). El MNR (Movimiento Revolucionario Nacional) de Bolivia, que se había mostrado ambivalente respecto de la democracia liberal, terminó por adoptarla en los años 80. El partido peronista argentino, conocido por su pasado autoritario, tuvo una orientación predominantemente centro-izquierdista hasta los años 80, cuando llegó mayoritariamente a aceptar la democracia. Antes del golpe de 1973, el Frente Amplio de Uruguay estaba dominado por elementos semifieles o desleales, según la denominación de Linz (1978). A comienzos de esta década, la mayor parte de los líderes partidarios aceptó la democracia sin reservas.

En lo que respecta a la derecha, el cambio fue igualmente importante, aunque no tan profundo. Históricamente, la derecha fue el mayor obstáculo a la democracia en América Latina. La oligarquía mantuvo un poder sin límites por algún tiempo (con variaciones en los distintos países) durante el siglo XX, y no aceptó la democracia cuando el hacerlo podía amenazar sus intereses esenciales. A medida que la izquierda revolucionaria adquirió importancia luego de la revolución cubana, la derecha estuvo más dispuesta a socavar la democracia, donde ésta existía, para proteger sus intereses, por una parte y, por otra, menos dispuesta a contemplar la posibilidad de la democracia, donde esta misma no existía. En Brasil, las elites políticas conservadoras conspiraban con frecuencia contra la democracia entre 1946 y 1964 (Benavides 1981) y en Argentina entre 1930 y 1966 (Gibson 1996).

Cuando el espectro del comunismo desapareció, una parte importante de la derecha estuvo dispuesta a respetar las reglas del juego democrático, en tanto otros sectores se mostraron menos inclinados a respaldar golpes. La adopción por parte de la izquierda de una dirección más democrática fomentó una trayectoria similar de parte de la derecha. Una de las transformaciones más impresionantes fue la del partido derechista Arena, de El Salvador. Conocido por sus estrechos vínculos con escuadrones de la muerte y la oligarquía a comienzos de los años 80, a mediados de esta década ayudó a gestionar el tratado de paz que terminó con la guerra civil en ese país e incorporó la antigua guerrilla al proceso político (Wood, en preparación). Una historia de "régimen despótico" y reaccionario (Baloyra 1983) no habría sido un buen augurio para un desenlace como éste. En cuanto a los grupos empresariales, si bien no han estado a la vanguardia de la democratización, han vivido en armonía con ella en la mayoría de los países (ver Payne 1994 sobre Brasil). Se puede discutir acerca de la adhesión total de la derecha a la democracia en la mayor parte de los países; no obstante, el solo hecho de que la acepte marca un cambio histórico.

No se puede decir mucho sobre el cambio de actitud de los militares, puesto que no existen muchas investigaciones sobre este tema. Anteriores estudios sugieren que no muchos golpes tienen éxito sin el apoyo de poderosos aliados civiles (Stepan 1971). Por

lo tanto, aunque las Fuerzas Armadas no hayan experimentado un cambio de valores significativo, la variación en las actitudes de otros actores ha impulsado un comportamiento militar diferente en la arena política. También es probable que los valores políticos *hayan cambiado en una dirección más democrática a nivel masivo; sin embargo, no existen estudios referidos a periodos democráticos anteriores, realizados a escala regional, que sean confiables como para permitirnos verificar este planteamiento.*

El cambio de actitud hacia la democracia en América Latina fue interactivo, es decir, los cambios en un actor fomentaron el cambio en otros. La conversión de grupos izquierdistas a la política democrática, por ejemplo, redujo los temores de los actores derechistas en cuanto a que la democracia los pudiera llevar a su destrucción. En forma similar, la creciente voluntad de los grupos y gobiernos derechistas de respetar las políticas electorales *fue una señal, para la izquierda, de que era posible algún tipo de cambio positivo gracias a la democracia (lo mínimo, el fin de las violaciones masivas a los derechos humanos).*

La difusión de los ideales democráticos no fue uniforme a través o dentro de los países. En los años 80 las cambiadas actitudes hacia la democracia avanzaron considerablemente *en América del Sur, con la única excepción de Perú. América Central y más específicamente Nicaragua, El Salvador y Guatemala siguieron teniendo un comportamiento atípico; el compromiso con la democracia se quedó atrás. Sin embargo, en esta década, la mayoría de los actores en esos países, con sus historias de autoritarismo implacable y a menudo brutal, había reconocido que la paz era deseable, un fin que sólo podía ser alcanzado por medio de elecciones competitivas. La transformación de las actitudes políticas también había variado en las distintas regiones, al interior de los países. La práctica democrática en regiones menos desarrolladas está viciada, con frecuencia, por las elites tradicionales, cuya práctica y retórica no llegan a ser totalmente democráticas (Hagopian 1996b; O'Donnell 1993).*

A pesar de estas limitaciones, los cambios en las actitudes políticas latinoamericanas tuvieron profundas implicancias. Hacia los años 90, la política se veía menos polémica y amenazadora. Ya no existe el sentimiento de que la política es un importantísimo juego de suma cero o nula, una confrontación de baja intensidad. Con estas condiciones, es más fácil apoyar la democracia. Los actores están dispuestos a aceptar pérdidas menores *en democracia; anteriormente, no estaban dispuestos a jugar un juego que podía acarrear pérdidas catastróficas. Estas actitudes renovadas respecto de la democracia y la política han compensado algunos aspectos negativos que bien podían haber conspirado contra la democracia, especialmente los malos resultados económicos y sociales. Nada de lo expuesto tiene por objeto sugerir que los cambios de actitud hayan hecho posible que la democracia se impregne en América Latina, los problemas que enfrenta siguen siendo importantes.*

Es paradójico que a estas nuevas actitudes hacia la democracia no les haya faltado su lado flaco, si bien son saludables desde la perspectiva de la supervivencia democrática. Por mucho tiempo, América Latina ha sido la región del mundo con desigualdades más pronunciadas, las que se han exacerbado en la década de 1980. Con el debilitamiento y la transformación de la izquierda en tantos países, pocas voces han llamado la atención *acerca de la urgencia de enfrentar las desigualdades y mejorar los niveles de vida. El precio de la democracia puede haber sido, como sería el caso general, según lo ha sugerido Przeworski (1986), la inviolabilidad de las relaciones de propiedad.*

FACTORES INTERNACIONALES

Hasta los años noventa, gran parte del trabajo sobre democratización se centró casi exclusivamente en los actores nacionales. Como primera reflexión, esto parece sensato; la democracia se construye dentro de determinados países y su construcción generalmente recae en los actores internos. Sin embargo, el contexto internacional y los actores internacionales representan influencias importantes para la democratización. Así, en el periodo posterior a 1978, han ayudado a respaldar la democracia en América Latina.

En términos más generales, los actores y las influencias internacionales han afectado significativamente las perspectivas democráticas en todo el mundo (Farer 1996; Pridham 1991; Whitehead 1986, 1991, 1996). En su detallado estudio, Przeworski y sus colaboradores (1996) observaron que un efecto de difusión internacional superaba a todos los demás factores en cuanto a la determinación de las perspectivas de supervivencia de una democracia. El contexto internacional tiene peso, en parte porque el contexto ideológico internacional alienta o desalienta la democracia y, en parte, porque los actores externos, tales como gobiernos, organizaciones multilaterales, iglesias y otras organizaciones no gubernamentales, pueden fortalecer o debilitar democracias. En casos extremos, la democracia puede ser impuesta inicialmente por una potencia extranjera, como ocurrió en Alemania, Italia y Japón, después de la Segunda Guerra Mundial (Stepan 1986). En casos más próximos, la Comunidad Europea tuvo una gran influencia en las consolidaciones de regímenes en el sur de Europa después de 1974 (Pridham 1991; Whitehead 1991).

La distinción entre actores y factores internos e internacionales no es absoluta e inmutable. Los actores nacionales a menudo son parte de redes internacionales, y los actores internacionales establecen vínculos con los actores internos y a menudo los respaldan (Keck y Sikkink 1998). Tal como ha observado Whitehead (1991), el contexto internacional conforma los cálculos y el comportamiento de los actores políticos internos. En Latinoamérica, el impacto de la situación internacional sobre la estrategia de los actores nacionales quedó en evidencia cuando los promotores golpistas en Paraguay (1996), Venezuela (1992) y Guatemala (1993) dieron marcha atrás al enfrentarse con reacciones internacionales hostiles y con la posibilidad de recibir sanciones. En cuanto a Guatemala, el presidente Jorge Serrano suspendió la Constitución, disolvió el Congreso y destituyó el Poder Judicial en mayo de 1993, siguiendo el ejemplo dado por el autogolpe del presidente peruano, Alberto Fujimori, en abril de 1992. La reacción internacional contra Serrano, junto con la movilización interna, obligó al presidente a renunciar en un plazo de dos semanas (Villagrán de León 1993). La OEA indicó que se estudiaban sanciones y Estados Unidos rápidamente suspendió la ayuda a Guatemala. En otros tiempos, cuando las reacciones pueden haber sido menos adversas y cuando los mecanismos para la aplicación de sanciones estaban menos desarrollados, el golpe probablemente habría tenido éxito. Los líderes del mundo empresarial habrían tenido menos incentivo para respaldar la democracia, puesto que no habrían enfrentado terribles sanciones económicas.

EL CONTEXTO IDEOLÓGICO INTERNACIONAL

El impacto del contexto ideológico internacional es difícil de determinar con precisión, desde el punto de vista metodológico; sin embargo, es importante. Los actores políticos

internos no operan en un vacío sellado por las fronteras nacionales, sino que actúan en un mundo de límites permeables, con un gran caudal informativo. Los libros y la prensa, la televisión y la radio, la comunicación electrónica, las conferencias internacionales, y las visitas de académicos y políticos de otros países, actúan como medios de difusión de la información.

Más que constituir acontecimientos independientes en los países latinoamericanos, las actitudes renovadas han tenido poderosos efectos demostrativos a través de las fronteras, lo que Starr (1991) llama efectos de difusión. Los grupos izquierdistas de un país han observado, en los países vecinos, la inutilidad de tratar de obtener el poder a través de medios revolucionarios. Los intelectuales se han encontrado en conferencias internacionales y han intercambiado ideas. Los partidos que eran miembros de la Internacional Socialista han observado transformaciones paralelas en Europa Occidental y en América Latina.

Estos canales de comunicación son especialmente importantes para actores que son próximos, desde el punto de vista de la persuasión ideológica. Por ejemplo, en la izquierda del espectro político, la creciente aceptación y valoración de la democracia en Latinoamérica fueron alimentadas por acontecimientos ocurridos en Europa Occidental en la década de 1970, así como por el agotamiento del socialismo en los 80. Muchos intelectuales y políticos latinoamericanos que encabezaron la reevaluación izquierdista de la democracia habían vivido en Europa Occidental u Oriental durante el exilio. En Europa Occidental, recibieron la influencia de la creciente crítica de los regímenes socialistas sobrevivientes¹³. Algunos latinoamericanos que vivían en Europa se vieron influidos por mayores desafíos a la antigua izquierda autoritaria provenientes de nuevos movimientos sociales (especialmente movimientos de mujeres, pacíficos y ambientalistas) y de los partidos verdes. Los izquierdistas que no salieron al exilio también recibieron la influencia del nuevo clima internacional.

Diferentes olas de transformación de regímenes en el siglo XX constituyen una sugerencia del poder del contexto ideológico internacional. Por ejemplo, el fascismo era muy popular en un momento dado (los años veinte y treinta), con directas consecuencias para la democracia. En la tercera ola de la democratización, con la parcial excepción representada por los dos primeros años del gobierno del Presidente Reagan, el contexto ideológico internacional ha sido relativamente favorable a la democracia en América Latina. Este contexto favorable no garantiza que determinados países sean democráticos; sin embargo, aumenta las posibilidades para la democracia. Los factores internacionales *determinan* sólo ocasionalmente los procesos y las transiciones de régimen, no obstante, alteran significativamente las posibilidades a favor o en contra de la democracia.

13 En la izquierda de Europa occidental, el desencanto con el socialismo real y con el marxismo adquirió importancia en la década de los 70. Conocidos académicos simpatizantes de la izquierda como Claude Leffort, Felix Guattari y Norberto Bobbio criticaron la naturaleza autoritaria del socialismo existente. Al dejar atrás la tradición leninista y al buscar inspiración en Antonio Gramsci, el partido comunista italiano adoptó el eurocomunismo y criticó al socialismo autoritario. Luego de las elecciones de François Mitterrand en Francia (1981) y de Felipe González (1981) en España, los partidos socialistas de esos países gobernaron con una orientación de centro.

ACTORES INTERNACIONALES: LA IGLESIA CATÓLICA

El cambio en las actitudes hacia la democracia en Latinoamérica representa un caso paradigmático de permeabilidad entre influencias internacionales y nacionales. Esto es claro respecto del papel de la Iglesia Católica, que es un actor nacional e internacional a la vez¹⁴.

La Iglesia Católica ha sido un actor de alguna importancia política en la mayoría de los países latinoamericanos, y hasta la década de los 60 estuvo más del lado de los autoritarios que de los demócratas. La Iglesia fue protagonista importante en muchos golpes contra gobiernos democráticos o semidemocráticos en toda la región. Las revoluciones de México y Cuba fueron nitidamente anticlericales. La Iglesia aplaudió los golpes de Venezuela, en 1948 (Levine 1973), Colombia en 1948, Brasil en 1964 y Argentina en 1976.

A contar de los años setenta, la Iglesia Católica ha respaldado generalmente la democratización (Huntington 1991: 74-85). Bajo la influencia del Concilio Vaticano Segundo, la Iglesia llegó a aceptar y promover la democracia en la mayor parte de la región, aunque nuevamente con algunas excepciones. En Brasil, la Iglesia encabezó la oposición al gobierno militar en los años 70, y abogó enérgicamente por el retorno a la democracia (Mainwaring 1986). En otros países, la Iglesia alcanzó un *modus vivendi* pacífico con los gobiernos democráticos (Levine 1981), a pesar de ciertos conflictos sobre cuestiones como el aborto. En unos pocos casos, como Argentina y Guatemala, la Iglesia respaldó el gobierno autoritario durante la década de 1970 y a comienzos de los años 80; sin embargo, incluso en esos casos, la Iglesia no trató de socavar la democracia desde su concepción. En Chile, El Salvador, Nicaragua, y Perú, la Iglesia criticó a los regímenes autoritarios y promovió las transiciones a la democracia.

EL GOBIERNO NORTEAMERICANO Y LOS ORGANISMOS GUBERNAMENTALES

Los cambios en las normas y las prácticas internacionales, apoyados por la diplomacia norteamericana, crearon nuevas presiones para la democracia. Esto representa una variación respecto de gran parte del período posterior a 1945. Históricamente, Estados Unidos a menudo ha respaldado los golpes contra los gobiernos democráticos (Brasil en 1964, Chile en 1973), ocasionalmente ha sido protagonista de algún golpe (Guatemala en 1954) y casi nunca ha respaldado enérgicamente la democracia en Latinoamérica. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos generalmente subordinó el respaldo a la democracia a preocupaciones de seguridad nacional (Packenham 1973). Dada la naturaleza ubicua de la confrontación entre soviéticos y norteamericanos, la noción de intereses de seguridad nacional se volvió tan expansiva que Estados Unidos prestó apoyo a golpes contrarios a gobiernos reformistas de diferente signo. Se dice que Franklin Delano Roosevelt habría señalado respecto de Somoza que "Es un hijo de perra, pero es nuestro hijo de perra". Desde comienzos del siglo XX hasta la administración de Jimmy Carter, este trato amistoso hacia dictadores favorables fue un lugar común.

14 La literatura acerca de la transformación de la Iglesia Católica es amplia, pero no siempre se la ha integrado al análisis de la supervivencia democrática en la región.

Así, esta práctica comenzó a cambiar con el Presidente Carter, quien públicamente criticó las violaciones a los derechos humanos cometidas por los gobiernos autoritarios amigos de Estados Unidos (Argentina, Brasil Chile y Uruguay). Carter también apoyó las transiciones a la democracia en República Dominicana, Ecuador y Perú. En 1978, en República Dominicana, sus iniciativas detuvieron el fraude electoral que habría extendido el gobierno autoritario. Al promover un escrutinio honesto, Carter ayudó a allanar el camino para la primera transición a la democracia de la tercera ola latinoamericana. Su política también ayudó a salvar vidas y a limitar el uso de la tortura en América Latina, como también comenzó a cambiar el discurso público de Estados Unidos con respecto a la política exterior.

Durante la campaña presidencial de 1980, Ronald Reagan atacó la política de derechos humanos de Carter. Los primeros indicios luego de la toma de posesión de Reagan señalaban que el nuevo presidente abandonaría la preocupación por la democracia y los derechos humanos. Mimó a los dictadores del Cono Sur hasta que Argentina invadió las Islas Falkland en 1982, así como apuntaló a los debilitados regímenes de El Salvador y Guatemala.

Sorprendentemente, y a pesar de su oposición visceral a los gobiernos de izquierda, los esfuerzos de política exterior de la administración Reagan empezaron a poner énfasis en la democracia durante su segundo mandato (Carothers 1991). La guerra de 1982 en el Atlántico Sur entre Gran Bretaña y Argentina contribuyó a la reorientación de la administración, al revelar el potencial belicismo y el comportamiento errático de los regímenes autoritarios. La administración respaldó a Gran Bretaña en la conflagración y, en lo sucesivo, no volvió a apoyar a los generales argentinos.

Con el fin de reforzar la credibilidad de su tan criticada ofensiva militar contra los sandinistas, la administración usó una retórica prodemocracia y finalmente criticó el autoritarismo de derecha (Amson 1993; Whitehead 199). Sin un mínimo esfuerzo para promover la democracia en otros lugares de América Latina, la cruzada contra los sandinistas y el apoyo a los regímenes de El Salvador y Guatemala se habría enfrentado a una mayor resistencia de parte del Congreso y del público de la que realmente tuvo.

Las políticas de Reagan quedaron marcadas por corrosivas tensiones, tales como el esfuerzo por alentar la democracia, en conjunto con la promoción simultánea de una progresiva acumulación de gobiernos militares abiertamente autoritarios en América Central. En el istmo y con el fin de combatir el comunismo, la administración algunas veces se alió con fuerzas autoritarias tradicionales. El compromiso retórico con la democracia siempre sobrepasó la realidad. En su política hacia América Central, el gobierno burló mecanismos de fiscalización democrática enfrentando al Congreso con mentiras y rodeos. Respaldó ruidosamente los regímenes autoritarios de El Salvador y Guatemala y también ayudó a armar a los contras, muchos de los cuales eran conocidos por su pasado autoritario. En América Central, el anticomunismo prevaleció sobre la democracia. Sin embargo, incluso en el istmo, el gobierno no abandonó por completo la causa democrática. Al mismo tiempo que vertía cientos de millones de dólares en armar a los militares salvadoreños, el gobierno norteamericano presionaba para la celebración de elecciones y trataba de reforzar a los democratocristianos de centro sobre el ala derechista. En un contexto de violaciones masivas a los derechos humanos, las elecciones salvadoreñas de los años 80, si bien tuvieron muchos defectos, mantuvieron un nivel mínimo de fraudes evidentes. Presiones similares de parte de Estados Unidos condujeron a los militares gua-

temaltecos a celebrar elecciones en 1985, las que llevaron al poder al presidente civil Vinicio Cerezo en 1986. Aunque estos gobiernos no eran democráticos, llegaron al poder en elecciones competitivas.

En otros países, libre de las concesiones recíprocas entre el anticomunismo y la democracia, el gobierno realmente trató de promover esta última. Las presiones públicas y del Congreso indujeron a la administración a mantener vivo el compromiso retórico con la democracia. En forma sorprendente, si se considera su decidida crítica a la política de derechos humanos de Carter, la administración Reagan declaró su oposición a los levantamientos militares en Argentina en 1987 y 1988, y presionó para que se produjeran cambios democráticos en Chile, Paraguay, Panamá y Haití. La política hacia Chile cambió en 1983 a medida de que el gobierno norteamericano empezaba a criticar las violaciones a los derechos humanos y a llamar para el retorno a la democracia. El embajador Harry Barnes, designado en ese país en 1985, criticó el gobierno autoritario y las violaciones a los derechos humanos, respaldó a los grupos de oposición, a la vez que alentó la realización de elecciones democráticas. La administración también condicionó el respaldo de algunos préstamos multilaterales para Chile al mejoramiento de la situación de derechos humanos y al progreso del proceso de democratización. Con todo, el gobierno no contribuyó mucho al cambio democrático en América Latina, a pesar de su empalagosa retórica en contra¹⁵; sin embargo, en el segundo mandato de Reagan ya no tuvo contemplaciones con las amistosas dictaduras de derecha. Los apólogos de Reagan quieren adjudicarle el crédito por el hecho de que los sandinistas efectuaran las elecciones limpias y libres en 1990; en realidad, no está claro si la guerra contra los sandinistas ayudó u obstaculizó la causa de la democracia.

El gobierno del presidente Bush generalmente apoyó las iniciativas democráticas en Latinoamérica. El respaldo a los gobiernos democráticos se hizo más fácil con el colapso de la Unión Soviética y la derrota de los sandinistas en las elecciones de 1990. El anticomunismo retrocedió, pues Estados Unidos ya no tuvo que enfrentar la amenaza comunista.

Los gobiernos de Bush y de Clinton promovieron la democratización de Haití, criticaron las involuciones ocurridas en Perú (1992), Guatemala (1993), y aplicaron presiones contra los promotores de golpes en Argentina (1987 y 1988), Perú (1989), Venezuela (1992) y Paraguay (1996). La invasión de 1989 a Panamá, si bien dudosa desde otras perspectivas, expulsó al dictador Manuel Noriega y condujo a la instalación de un gobierno al cual se le había negado el mandato a través del fraude electoral. Estados Unidos usó la presión diplomática, los pronunciamientos públicos y las sanciones económicas para apoyar la democracia y obstaculizar los regímenes autoritarios (Pastor 1989).

Los organismos gubernamentales estadounidenses trataron de fomentar la democracia en América Latina. En diciembre de 1980, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) comenzó un programa llamado "Derechos Humanos e Iniciativas Democráticas", en el período del presidente Carter. Este programa financió grupos de derechos humanos en América Latina, y también ayudó a financiar a IFES (International Foundation for Electoral Systems/Fundación Internacional para los Sistemas Electorales), que a su vez ayudó a

15 Huntington (1991: 91-98) pone énfasis en el papel del gobierno norteamericano en el fomento de la democracia en América Latina. Loewenthal (1991) y Whitehead (1986) se muestran más escépticos.

promover elecciones limpias. La Oficina de AID para Latinoamérica y el Caribe comenzó un Programa para la Democracia en América Latina en 1984, que dio fondos a diversas iniciativas dirigidas a fortalecerla. Aunque AID ha trabajado en Latinoamérica desde los años 60, sus esfuerzos para la construcción de la democracia son más recientes. *La primera vez que proporcionó asistencia técnica considerable en una elección fue en 1982, en El Salvador.* Posteriormente, AID inició programas diseñados con el fin de fortalecer los poderes legislativos y judiciales, los gobiernos locales y los partidos políticos. Aunque estos esfuerzos no siempre han tenido éxito, son muestra del deseo de Estados Unidos en cuanto a fomentar la democracia.

En 1984, Estados Unidos creó NED (National Endowment for Democracy/Fundación Nacional para la Democracia), cuya misión es fomentar la democracia en todo el mundo. Aunque NED recibe fondos del Congreso, su dirección está a cargo de una junta independiente y bipartidista. *Esta organización entrega subvenciones a grupos en otros países que se dedican a fomentar la democracia: organizaciones cívicas, grupos de derechos humanos, etc. Respalda la oposición a grupos tan diversos como los sandinistas y Pinochet. En algunos casos, NED proporciona fondos para la observación de elecciones y la educación de los votantes. También ha apoyado a grupos democráticos de tipo cívico, reformas judiciales y legislativas, grupos de derechos humanos y legislaturas de Latinoamérica. Si bien algunas de las actividades de NED tienen méritos discutibles, su existencia es muestra de la mayor voluntad estadounidense en cuanto a la promoción de la democracia.*

Esto no significa subscribir un punto de vista apologético de la política estadounidense hacia América Latina; Estados Unidos pudo haber hecho más para apoyar las democracias en el hemisferio. No obstante, el contraste con el patrón pre-1977 en cuanto al respaldo de grupos y dictadores es significativo y ayuda a explicar la mayor supervivencia democrática en la tercera ola.

ONGS

Los actores no gubernamentales también han respaldado la democracia en años recientes. Las organizaciones de derechos humanos tales como Americas Watch, Amnesty International, Washington Office on Latin America y el Diálogo Interamericano observan la situación de democracia y derechos humanos en la región. La Internacional Socialista y las fundaciones del partido alemán han vertido recursos durante años para sustentar la democracia (Whitehead 1986: 25-31).

ORGANIZACIONES MULTILATERALES

Asimismo, las organizaciones multilaterales también han defendido la democracia en forma más enérgica que nunca. En los últimos años, la OEA y la ONU se han convertido en firmes agentes en nombre de la democracia. En 1990, la presencia de la ONU y la OEA en las elecciones nicaragüenses fue de importancia, como un esfuerzo por promover un proceso limpio. Esa fue la primera vez que la ONU observó la elección de una nación miembro. Satisfechas con el resultado, ambas organizaciones también observaron elec-

ciones y promovieron conversaciones de paz en El Salvador, Guatemala y Haití (McCoy, Garber y Pastor 1991). En 1991, la OEA aprobó la Resolución 1080, que creó nuevos mecanismos para la defensa multilateral de la democracia.

El Acuerdo de Esquipulas, firmado por cinco presidentes centroamericanos en 1987, fue un primer paso hacia la efectiva promoción multilateral de la democracia y la pacificación. Este acuerdo estuvo dirigido a finalizar las guerras civiles en América Central y a promover la democracia. Los presidentes prometieron en forma colectiva que asegurarían el mantenimiento de la democracia y la paz.

Los gobiernos democráticos de América Latina han apoyado esfuerzos para alentar la democracia y para imponer sanciones contra los regímenes autoritarios. En forma colectiva, las ONG, los organismos multilaterales y los gobiernos de Latinoamérica, Europa Occidental y Norteamérica han creado una norma de desaprobación del autoritarismo y de respaldo ideológico, si no material, a la democracia.

Los grupos de observadores a las elecciones han acentuado la integridad del proceso electoral. Las actividades realizadas por ellos tuvieron importancia en Chile, en el plebiscito de 1988, y en Nicaragua, en 1990. En ambos casos, la impresionante intervención extranjera promovió las expectativas de los ciudadanos de tener elecciones limpias, y alentó a las personas pertinentes a respetar resultados desfavorables en las elecciones.

No se trata sólo de que las normas hayan cambiado, han surgido nuevos mecanismos institucionales para hacerlas cumplir. En julio de 1996, los presidentes de los países del Mercosur (Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile) firmaron un acuerdo que establece que cualquier nación miembro puede ser expulsada si se quebranta en ella la democracia. La presión de las naciones vecinas del Mercosur ayudaron a evitar un golpe en Paraguay, en abril de 1996. En una era de creciente integración económica internacional, los gobiernos autoritarios enfrentan ahora la significativa posibilidad de recibir sanciones económicas como las que debilitaron las economías de Panamá, bajo el mando de Noriega, y Haití, luego de que Aristide fuera depuesto por los militares. Tanto los Estados Unidos, como la ONU y la OEA han aplicado sanciones contra gobiernos abiertamente autoritarios.

En las Américas no ha existido nunca antes algo como un apoyo ideológico casi universal a la democracia, el cual ha estado presente desde el segundo período de Reagan. Las rupturas democráticas pueden ocurrir incluso en este contexto democrático, tal como ocurrió en Perú en 1992. Sin embargo, es menos probable.

HACIA UNA EXPLICACIÓN DE LA SUPERVIVENCIA DEMOCRÁTICA:

ANÁLISIS CUANTITATIVO

Factores internacionales, ideológicos y estructurales han contribuido a una mayor supervivencia democrática en el período posterior a 1978. Aunque casi todas las explicaciones se han basado en el método histórico comparativo, algunas pruebas estadísticas pueden ayudar a verificar los argumentos.

Con una variable dependiente de tipo dicotómica, la regresión logística proporciona una herramienta para evaluar qué tiene mayor peso al tratar de explicar las vicisitudes de la

supervivencia democrática en Latinoamérica, si los cambios estructurales, o bien un efecto de contagio internacional. Debido a que mi medición de la variable dependiente (democracia) hasta 1972 es categórica con sólo tres valores posibles (autoritario, semidemocrático y democrático), realicé una dicotomía de la variable dependiente y empleé regresión logística. Comencé por efectuar la regresión comparando lo democrático y semidemocrático con lo autoritario. Al no haber datos correspondientes al PIB per cápita respecto de algunos países para 1940-1944, la regresión se restringe al período 1945-1996.

El Cuadro 8 muestra los resultados de seis modelos, tres para cada una de las variables dependientes. Los modelos 2 y 4 evalúan específicamente la relación entre el PIB per cápita y la supervivencia democrática y confirma que los países con un ingreso per cápita más alto tienen más posibilidades de ser democráticos. La única variable independiente es el PIB per cápita. En este modelo, la probabilidad de democracia aumenta desde el 11,5% a los US\$133 per cápita (el ingreso más bajo para cualquier país en los 52 años considerados) a 27,7% a los US\$1.309 per cápita (la media para los 19 países en los mismos 52 años) y a 95,2% a los US\$5.597 per cápita (el ingreso más alto entre todos los países en esos 52 años).

CUADRO 8
Modelos de regresión logística
(1945-1996)

Variables independientes	Variable dependiente					
	Democracia			Democracia y semidemocracia		
	I	II	III	IV	V	VI
PIB per cápita ^a	0,921* (0,084)	0,893** (0,083)	0,607** (0,110)	0,555** (0,076)	0,510** (0,076)	0,089 (0,101)
Difusión	(0,030)	0,094 * (0,040)	0,223**	(0,029)	0,236** (0,034)	0,347**
Variable dicotómica de compromiso ^b			4,279** (0,292)			10,058
Constante	2,163* (0,141)	-2,639** (0,213)	-3,967** (0,322)	-0,760** (0,115)	-1,941** (0,188)	-2,610** (0,231)
Predicciones correctas (%)						
Democracias	23,7	26,8	67,0	44,6	55,4	70,5
No democracias	91,5	91,1	97,4	76,1	76,5	89,3
Todos los regímenes	71,6	72,2	88,5	60,7	66,2	80,1
Nageljerke R ²	0,205	0,217	0,601	0,081	0,169	511
N	988	988	988	988	988	988

Coefficientes de regresión logística (errores estándar)

^a En miles de dólares estadounidenses (1980)

^b Los países codificados=1 fueron Argentina (1983-96), Brasil (1985-96), Chile (1945-70 y 1990-96), y Venezuela (1963-92).

* Significativa en el nivel 0,005

** Significativa en el nivel 0,0001

Los modelos 2 y 5 usaron dos variables independientes, el PIB per cápita de un país en un año determinado y el número de países que eran democráticos ese año, excluyendo al país en cuestión. La última variable sirvió como sustituto para el efecto de contagio democrático internacional. La variable podía fluctuar entre cero (ninguna de las contrapartes latinoamericanas del país era democrática) a dieciocho (todos los demás países eran democráticos). En ambos modelos, ambas variables independientes son significativas estadísticamente, en un nivel muy alto. Al añadir la segunda variable independiente, mejoró tanto el porcentaje de casos con predicciones correctas, como el Nagelkerke R. En la media de ingresos per cápita de US\$1.309 para los 988 casos, la probabilidad democrática en el Modelo 2 aumenta de 21,7% si otros dos países son democráticos (la cifra más baja en ese período) a 27,4% con otras 5,28 democracias (la media), y a 37,1% con diez democracias más (la cifra máxima).

Los modelos 3 y 6 incluyen una variable dicotómica para el compromiso democrático. Sería preferible contar con una medición continuada y objetiva de ese compromiso, pero en este punto del desarrollo de las ciencias sociales, sería muy difícil lograr algo así, además que demandaría mucho tiempo. Por lo tanto, codifiqué los países sobre la base de evaluaciones procedentes de la literatura secundaria. El criterio de codificación exigía establecer que tanto el gobierno como los principales actores de la oposición mostraran un claro compromiso con la democracia en un año determinado. En caso de duda, se excluía el país. La literatura permite señalar con relativa seguridad que, con estos criterios, tanto Argentina (1983-1998), como Brasil (1985-1998), Chile (1932-1970, 1990-1998), Colombia (1958-1990), Costa Rica (1949-1998), Uruguay (1942-1971, 1985-1998) y Venezuela (1963-1992) se destacan por su firme compromiso con la democracia, de ahí que se codifiquen con el número 1.

No hay seguridad acerca de si esta variable puede ser evaluada independientemente de la variable dependiente. Por definición, sólo un régimen democrático puede ser calificado como poseedor de un compromiso con la democracia. Dados los problemas potenciales con esta variable, realicé todas las regresiones con y sin ella. Al agregar esta variable, aumenta más el porcentaje de casos que se predicen correctamente y el Nagelkerke R². El Cuadro 9 muestra cómo afecta la posibilidad de democracia la variable de compromiso democrático, manteniendo constante el número de otras democracias y variando el nivel de ingreso, para luego proceder a la inversa (mantener constante lo último y variar lo primero).

Empleando las mismas variables independientes, el Cuadro 10 muestra los resultados de una regresión lineal con los puntajes Freedom Score como variable dependiente para el período 1972-1996. El Modelo solamente usa el PIB per cápita como variable independiente. Cada aumento de .US\$1.000 en el PIB per cápita lleva a una baja esperada de 0,835 en los puntajes Freedom House. El Modelo 2 añade el número de otras democracias como variable independiente. Ambas variables independientes fueron significativas estadísticamente en el nivel 0,001, con lo que se respalda seriamente la afirmación de su importante impacto en la supervivencia democrática en América Latina. Ambas variables también tiene bastante importancia en lo esencial, sin embargo, ninguna de ellas tuvo un efecto considerable en los puntajes Freedom House. Cada aumento de 1 en el número de democracias latinoamericanas produjo un descenso de -0,243 en los puntajes Freedom House esperados (dichos puntajes bajan a medida de que las condiciones se vuelven más democráticas). De esta forma, un incremento de 4,12 en el número de democracias podría hacer bajar el puntaje Freedom Score esperado en 1,00.

CUADRO 9

*Probabilidad de democracia por PIB per cápita
(Número de democracias fijado en 5)*

	PIB per cápita	Probabilidad de democracia sin compromiso democrático (%)	Probabilidad de democracia con compromiso democrático (%)
Menor	133	5,9	82,1
Media	1.309	11,3	90,4
Mayor	5.597	63,3	99,2

*Probabilidad de democracia por número de otras democracias
(PIB per cápita fijado en US\$1.309)*

	Número de otras democracias	Probabilidad de Democracia sin compromiso democrático (%)	Probabilidad de Democracia con compromiso democrático (%)
Menor	2,00	6,1	82,8
Media	5,28	12,0	90,9
Mayor	10,00	28,0	96,6

Cada aumento de US\$1.000 en el PIB per cápita correspondió a un descenso de $-0,879$ en los puntajes Freedom House esperados; de tal forma que un aumento de US\$1.138 per cápita generaría una baja de 1,00 en dichos puntajes. El modelo da cuenta de un 12,3% de la variación de los puntajes Freedom House. Sin embargo, este modesto R^2 es esperable dada la naturaleza intermedia de la política. Los dos factores analizados aquí conforman significativamente las perspectivas democráticas, aunque también son importantes el liderazgo político, la naturaleza específica de los conflictos políticos en un país y otros factores relacionados con la acción política. El muy alto significado estadístico de ambas variables independientes corrobora el argumento según el cual éstas ayudan a explicar el incremento de la supervivencia democrática.

Al agregar una variable dicotómica para el compromiso democrático en relación con los años 1972-1996, el PIB per cápita perdió su importancia estadística; no obstante, el efecto de contagio democrático y el compromiso con la democracia eran muy significativos. La variable de compromiso democrático tiene un poderoso impacto permanente. Cuando un país recibe el código "1", que implica que los líderes de gobierno y los principales actores de la oposición estaban comprometidos con la democracia, los puntajes Freedom House esperados caen considerablemente, alrededor de un 4,21. Dados los problemas de medición de la variable de compromiso democrático, los resultados del Modelo 3 no son concluyentes, aunque sugieren la sorprendente posibilidad de que, en América Latina, el PIB per cápita tiene importancia, pues oculta diferencias en el compromiso

CUADRO 10

Modelos OLS para los puntajes Freedom House
 Coeficientes de regresión estandarizados y no estandarizados
 (1972-1996)

Variables Independientes	Variable Dependiente		
	Puntaje Freedom House ^a		
	I	II	III
PIB per cápita ^b	-0,835*	-0,879*	-0,004
	(0,129)	(0,126)	(0,120)
	-0,286*	-0,301*	-0,014
Difusión		-0,243	-0,191*
		(0,049)	(0,041)
		-0,214*	-0,168*
Variable dicotómica de compromiso			-4,211*
			(0,295)
			-0,589*
Constante	8,390*	10,127*	9,435*
	(0,241)	(0,422)	(0,356)
R ² ajustado	0,080	0,123	0,387
N	475	475	475

Coeficientes OLS (errores estándar). La fuente en negrita corresponde a los coeficientes estandarizados (betas).

^a Medidas como la suma de puntajes Freedom House sobre las libertades civiles y derechos políticos (2=más democrático; 14=menos democrático)

^b En miles de dólares estadounidenses (1980)

* Significativo en el nivel 0,001

democrático. Como podría esperarse, dicho compromiso es más posible en los países más ricos.

Si es correcto el argumento según el cual los cambios en los valores políticos y los cambios en el sistema internacional han reforzado la tercera ola, entonces deberíamos ser capaces de detectar un efecto por período. Después de 1985, aproximadamente, debiera ser más probable la existencia de la democracia en más categorías de ingreso en comparación con 1978. Entre 1978 y 1985, muchos gobiernos autoritarios instalados durante años anteriores permanecían intactos, de modo que el efecto del período de la tercera ola no sería discernible necesariamente. En el Cuadro 11 se ven los resultados, que confirman claramente la hipótesis.

La proporción de rupturas democráticas también muestra un efecto por período: descendió desde un 4,7% en el período 1945-1977 (6 rupturas en 128 casos) a 0,0% entre 1985 y 1996 (0 rupturas en 118 casos). La menor incidencia de estas rupturas no puede ser atribuida fácilmente a un mayor ingreso per cápita; puesto que en la mayoría de los niveles de ingreso, el número de casos democráticos es similar para los dos periodos señalados (1945-1977; 1985-1996). Si la menor proporción del período más reciente fuera prin-

CUADRO 11

Probabilidad de democracia por periodo,
1945-1977 versus 1985-1996

PIB per cápita (US\$ de 1980)	1945-77		1985-96	
	Años de régimen	Porcentaje democrático	Años de régimen	Porcentaje democrático
0 a 399	39	0,0	12	0,0
400 a 799	271	6,6	47	34,0
800 a 1.199	133	15,0	35	40,0
1.200 a 1.799	87	57,5	56	55,4
1.800 a 2.399	35	45,7	35	60,0
2.400 a 3.199	27	3,7	18	61,1
3.200 o más	35	65,7	25	100,0
Total	627	20,4	228	51,8

cialmente resultado de la modernización, se podría esperar una mayor proporción de casos democráticos en las categorías de ingreso superior en este mismo periodo. No obstante, como se señalara anteriormente, ha surgido al mismo tiempo un nuevo fenómeno pernicioso en esta tercera ola: la erosión de las democracias para convertirse en semidemocracias.

La proporción de transiciones de regímenes no democráticos aumentó considerablemente en la tercera ola: de 5,8% en el periodo 1945 a 1977 (29 transiciones en 499 casos) a 10,0% entre 1985 y 1996 (11 transiciones en 110 casos). Esta combinación de menos rupturas democráticas y más transiciones de regímenes no democráticos (muchos de ellos a la democracia) explica la mayor frecuencia de la democracia en los años 90.

CONCLUSIONES

En América Latina, durante la mayor parte del último medio siglo, la democracia ha tenido más posibilidades de prosperar en los países de mayor desarrollo económico. En este sentido, el conocimiento común sugerido por la teoría de la modernización es correcto, aunque hay que tener presente muchas de las advertencias analizadas anteriormente.

El periodo iniciado en 1978 ha demostrado que la democracia puede perdurar en condiciones sociales y económicas adversas, si los principales actores están comprometidos con las reglas democráticas del juego. Aunque los factores estructurales son importantes, los actores políticos desarrollan valores y comportamientos que no pueden ser reducidos de ningún modo a la situación estructural. En este sentido, el análisis que se presenta en este trabajo concuerda con los enfoques de democratización orientados a los actores (p.ej., Levine 1973; Linz 1978; O'Donnell y Schmitter 1986). Sin embargo, la

calidad de la democracia ha sido mucho mejor, por lo general, en los países latinoamericanos que tienen un nivel de riqueza medio o superior. Este hecho y, en realidad, todo el presente análisis, sugieren la importancia de combinar los enfoques estructurales con los enfoques de orientación a los actores.

En el período posterior a 1978, las democracias latinoamericanas han sobrevivido a pesar de los deprimentes resultados económicos y sociales. Teniendo en cuenta los antecedentes de América Latina, la permanencia de la democracia en estos últimos años es sorprendente. Si bien Latinoamérica ha tenido el período más democrático de su historia, durante un prolongado lapso de pobres resultados económicos, esto no quiere decir que este mal desempeño económico no haya afectado la democracia. Presumiblemente, el crecimiento puede ser propicio para los gobiernos democráticos, pues favorecería una mayor legitimidad. La limitada legitimidad de muchos de los nuevos gobiernos democráticos latinoamericanos se origina, en parte, en la deficiencia de los resultados económicos. Más aún, el crecimiento económico más fuerte promovería las transformaciones sociales favorables a la democracia.

La ciencia política no ha tratado en forma particularmente efectiva el papel de las ideas y actitudes en la conformación de las consecuencias políticas (para la consideración de excepciones, ver Goldstein y Keohane 1993; Hall 1989). Dado que es difícil medir el impacto de las ideas, los científicos políticos tienden a preferir las explicaciones, en lugar de centrarse en estructuras. Sin embargo, la evidencia latinoamericana sugiere que los cambios en las actitudes políticas han sido importantes en el mantenimiento de la democracia en el período posterior a 1980. Los cambios estructurales han sido importantes, pero han resultado eclipsados por una nueva valoración de la democracia política.

Hasta los años 90, la mayor parte de los trabajos acerca de la democracia prestó poca atención a los factores internacionales (en Whitehead 1986 se plantean excepciones). La atención dominante en factores internos se comprende sin dificultad en estudios macro cuantitativos diseñados para ver cuáles son los factores que hacen que algunos países tengan más posibilidades de ser democráticos que otros. Tales enfoques no han incorporado todavía una dimensión que pueda diferenciar en la mejor forma las regiones del mundo (no los países); la difusión del argumento relacionado con las ideas internacionales no explica por qué un país en una región es democrático, y otro no lo es. No obstante, la dimensión internacional es crucial para comprender por qué algunos períodos han sido mucho menos favorables a la democracia que otros.

Los factores internacionales han sido importantes para el mantenimiento de la democracia en América Latina desde 1978. Existen tres tipos de factores internacionales que han ayudado a configurar las perspectivas para la democracia: la difusión de ideas (un efecto de difusión), las acciones de los gobiernos y las acciones de los organismos multilaterales y los actores no gubernamentales.

REFERENCIAS

- ARAT, ZEHRA F.** (1988). "Democracy and Economic Development: Modernization Theory Revisited". *Comparative politics* 21 (1, October): 21-36.
- ARNSON, CYNTHIA J.** (1993). *Crossroads: Congress, the President, and Central America, 1976-1993*. University Park, PA: Penn State University Press.
- BALOYRA, ENRIQUE A.** (1983). "Reactionary Despotism in El Salvador: An Impediment to Democratic Transition" en Martin Diskin, ed., *Trouble in Our Backyard: Central America and the United States in the Eighties*, 101-23. New York: Pantheon.
- BENAVIDES, MARÍA VICTÓRIA DE MESQUITA** (1981). *A UDN e o Udenismo: Ambigüidades do Liberalismo Brasileiro (1945-1965)*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- BOLLEN, KENNETH A.** (1980). "Issues in the Comparative Measurement of Political Democracy". *American Sociological Review* 45 (2, June): 370-90.
- BOLLEN, KENNETH A. Y ROBERT W. JACKMAN** (1985). "Economic and Noneconomic Determinants of Political Democracy in the 1960s". *Research in Political Sociology* 1:27-48.
- CARDOTERS, THOMAS** (1991). "The Reagan Years: The 1980s" en Abraham F. Lowenthal, ed., *Exporting Democracy: The United States and Latin America, Themes and Issues*, 90-122. Baltimore: Johns Hopkins University.
- CASTAÑEDA, JORGE G.** (1993). *Utopia Unarmed: The Latin American Left and the Cold War*. New York: Alfred A. Knopf.
- COLLIER, DAVID** (1975). "Timing of Economic Growth and Regime Characteristics in Latin America". *Comparative Politics* 7 (April): 331-60.
- _____, ed. (1979). *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- COLLIER, RUTH BERINS.** Forthcoming. *Paths toward Democracy: Working Class and Elites in Western Europe and Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COLLIER, RUTH BERINS Y DAVID COLLIER** (1991). *Shaping the Political Arena*. Princeton: Princeton University Press.
- COPPEDGE, MICHAEL** (1997). "Modernization and Thresholds of Democracy: Evidence for a Common Path and Process" en Manus I. Midlarsky, ed., *Inequality, Democracy, and Economic Development*, 177-201. Cambridge: Cambridge University Press.
- COPPEDGE, MICHAEL Y WOLFGANG H. REINICKE** (1990). "Measuring Polyarchy". *Studies in Comparative International Development* 25 (1, spring): 51-72.
- COULTER, PHILIP** (1975). *Social Mobilization and Liberal Democracy*. Lexington, MA: D.C. Heath and Co.
- DAHL, ROBERT A.** (1971). *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press.
- DIAMOND, LARRY** (1992). "Economic Development and Democracy Reconsidered" en Gary Marks y Larry Diamond, eds., *Reexamining Democracy: Essays in Honor of Seymour Martin Lipset*, 93-139. Newbury Park: Sage.
- _____, (1996). "Democracy in Latin America: Degrees, Illusions, and Directions for Consolidation" en Tom Farer, ed., *Beyond Sovereignty: Collectively Defending Democracy in the Americas*, 52-104. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- DIAMOND, LARRY Y JUAN J. LINZ** (1989). "Introduction: Politics, Society, and Democracy in Latin America" en Larry Diamond, Juan J. Linz, y Seymour Martin Lipset, eds., *Democracy in Developing Countries*, Vol. 4, *Latin America*. Boulder: Lynne Rienner.
- DOMÍNGUEZ, JORGE I.** (1993). "The Caribbean Question: Why Has Liberal Democracy (Surprisingly) Flourished?" en Jorge I. Domínguez, Robert A. Pastor y R. Delisle Worrell, eds., *Democracy in the Caribbean: Political, Economic, and Social Perspectives*, 1-25. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- ECLAC (Economic Commission for Latin America and the Caribbean)** (1984). *Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean 1983*. Santiago, Chile: ECLAC.
- FARER, TOM** ed. (1996). *Beyond Sovereignty: Collectively Defending Democracy in the Americas*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

- GASIOROWSKI, MARK J.** (1993). "The Political Regime Change Dataset". Unpublished.
- GIBSON, EDWARD** (1996). *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- GILLESPIE, RICHARD** (1982). *Soldiers of Perón: Argentina's Montoneros*. Oxford: Clarendon Press.
- GOLDSTEIN, JUDITH Y ROBERT KEOHANE** eds. (1993). *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Policy Change*. Ithaca: Cornell University Press.
- HADENIUS, AXEL** (1992). *Democracy and Development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HAGOPIAN, FRANCES** (1996a). *Traditional Politics and Regime Change in Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1996b). "Traditional Power Structures and Democratic Governance in Latin America" en Jorge I. Domínguez y Abraham F. Lowenthal, eds., *Constructing Democratic Governance: Latin America and the Caribbean in the 1990s—Themes and Issues*, 64-86. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HALL, PETER A.** ed. (1989). *The Political Power of Economic Ideas: Keynesian across Nations*. Princeton: Princeton University Press.
- HARTLYN, JONATHAN Y ARTURO VALENZUELA** (1994). "Democracy in Latin America since 1930" en Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, Vol. VI, *Latin America since 1930: Economy, Society, and Politics*, Part 2, *Politics and Society*, 99-162. Cambridge: Cambridge University Press.
- HOROWITZ, DONALD L.** (1985). *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley: University of California Press.
- HUNTINGTON, SAMUEL P.** (1991). *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman, OK: University of Oklahoma Press.
- KARL, TERRY LYNN** (1995). "The Hybrid Regimes of Central America". *Journal of Democracy* 6 (3, July): 72-86.
- KECK, MARGARET E. Y KATHRYN SIKKINK** (1998). *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca: Cornell University Press.
- LAMOUNIER, BOLÍVAR** (1979). "Representação Política: A Importância de Certos Formalismos" en Bolívar Lamounier, Francisco Weyffort y Maria Victória Benevides, eds., *Direito, Cidadania e Participação*, 230-57. São Paulo: Tao.
- LEVINE, DANIEL H.** (1973). *Conflict and Political Change in Venezuela*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1981). *Religion and Politics in Latin America: The Catholic Church in Venezuela and Colombia*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1992). *Popular Voices in Latin American Catholicism*. Princeton: Princeton University Press.
- LIJPHART, AREND** (1977). *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*. New Haven: Yale University Press.
- LINZ, JUAN J.** (1978). *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown, and Reequilibration*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- LINZ, JUAN J. Y ALFRED STEPAN** eds. (1978). *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- _____ (1989). "Political Crafting of Democratic Consolidation or Destruction: European and South American Comparisons" en Robert A. Pastor, ed., *Democracy in the Americas: Stopping the Pendulum*, 41-61. New York: Holmes and Meier.
- _____ (1996). *Problems of Democratic Transition and Consolidation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- LIPSET, SEYMOUR MARTIN** (1960). *Political Man: The Social Bases of Politics*. Garden City, NY: Anchor.
- LIPSET, SEYMOUR MARTIN et al.** (1993). "A Comparative Analysis of The Social Requisites of Democracy". *International Social Science Journal* 136 (May): 155-75.
- LOWENTHAL, ABRAHAM F.** (1991). "The United States and Latin American Democracy: Learning from History" en Abraham F. Lowenthal, ed., *Exporting Democracy: The United States and Latin America, Themes and Issues*, 243-65. Baltimore: Johns Hopkins University.
- MAINWARING, SCOTT** (1986). *The Catholic Church and Politics in Brazil 1916-1985*. Stanford: Stanford University Press.

- MAINWARING, SCOTT Y TIMOTHY R. SBULLY** (1995). "Party Systems in Latin America" en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully, eds., *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, 1-34. Stanford: Stanford University Press.
- MAY, JOHN D.** (1973). *Of the Conditions and Measures of Democracy*. Morristown, NY: General Learning Press.
- MAYORGA, RENÉ ANTONIO** (1997). "Bolivia's Silent Revolution". *Journal of Democracy* 8 (1, January): 142-56.
- MCCOY, JENNIFER, LARRY GARBER Y ROBERT PASTOR** (1991). "Pollwatching and Peacemaking". *Journal of Democracy* 2 (4, fall): 102-14.
- MOORE JR., BARRINGTON** (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon.
- O'DONNELL, GUILLERMO A.** (1973). *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism*. Berkeley: Institute of International Studies, University of California.
- _____ (1993). "On the State, Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at Some Postcommunist Countries". *World Development* 21 (8): 1355-69.
- _____ (1999). "Polyarchies and the (Un)Rule of Law in Latin America" en Juan Méndez, Guillermo O'Donnell y Paulo Sérgio Pinheiro, eds., *The Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*. Notre Dame: Kellogg Institute Series with the University of Notre Dame Press.
- O'DONNELL, GUILLERMO Y PHILIPPE SCHMITTER** (1986). "Tentative Conclusions about Uncertain Democracies" en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Part IV. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- O'DONNELL, GUILLERMO, PHILIPPE SCHMITTER Y LAURENCE WHITEHEAD** eds. (1986). *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- OLLIER, MARÍA MATILDE** (1998). "The Political Learning Process among the Argentine Revolutionary Left, 1966-1995". PhD Dissertation, University of Notre Dame.
- PACKENHAM, ROBERT A.** (1973). *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1986). "The Changing Political Discourse in Brazil" en Wayne Selcher, ed., *Political Liberalization in Brazil: Dynamics, Dilemmas, and Future Prospects*, 135-73. Boulder: Westview.
- _____ (1992). *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*. Cambridge: Harvard University Press.
- PASTOR, ROBERT A.** (1989). "How to Reinforce Democracy in the Americas: Seven Proposals" en Robert A. Pastor, ed., *Democracy in the Americas: Stopping the Pendulum*, 139-55. New York: Holmes and Meier.
- PAYNE, LEIGH A.** (1994). *Brazilian Industrialists and Democratic Change*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- POWER, TIMOTHY J. Y MARK J. GASIOROWSKI** (1997). "Institutional Design and Democratic Consolidation in the Third World". *Comparative Political Studies* 30 (2, April): 123-55.
- PRIDHAM, GEOFFREY** ed. (1991). *Encouraging Democracy: The International Context of Regime Transition in Southern Europe*. New York: St. Martin's.
- PRZEWORSKI, ADAM** (1986). "Problems in the Study of Transition to Democracy" en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Part III, 47-63. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- PRZEWORSKI, ADAM Y FERNANDO LIMONGI** (1993). "Political Regimes and Economic Growth". *Journal of Economic Perspectives* 7 (3, summer): 51-69.
- _____ (1997). "Modernization: Theories and Facts". *World Politics* 49 (January): 155-83.
- PRZEWORSKI, ADAM** et al. (1996). "What Makes Democracies Endure?" *Journal of Democracy* 7 (1, January): 39-55.
- PUTNAM, ROBERT D.** 1993. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- REMMER, KAREN L.** (1996). "The Sustainability of Political Democracy: Lessons from South America". *Comparative Political Studies* 29 (6, December): 611-34.

- RUESCHEMEYER, DIETRICH, EVELYNE HUBER STEPHENS Y JOHN D. STEPHENS** (1992). *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- SANTOS, WANDERLEY GUILHERME DOS.** (1985). "A Pós-'Revolução' Brasileira" en Hélio Jaguaribe et al., *Brasil, Sociedade Democrática*, 223-335. Rio de Janeiro: José Olympio.
- _____ (1986). *Sessenta e Quatro: Anatomia da Crise*. São Paulo: Vértice.
- SCHMITTER, PHILIPPE C. Y TERRY LYNN KARL** (1993). "What Democracy Is...and Is Not" en Larry Diamond y Marc F. Plattner, eds., *The Global Resurgence of Democracy*, 39-52. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- STARR, HARVEY** (1991). "Democratic Dominoes: Diffusion Approaches to the Spread Democracy in the International System". *Journal of Conflict Resolution* 35 (2, June): 356-81.
- STEPAN, ALFRED** (1971). *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1986). "Paths toward Redemocratization: Theoretical and Comparative Considerations" en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Part III, 64-84. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- _____ (1988). *Rethinking Military Politics: Brazil and the Southern Cone*. Princeton: Princeton University Press.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE** (1969). *Democracy in America*. Garden City, NY: Anchor Books.
- VALENZUELA, ARTURO** (1978). "The Breakdown of Democratic Regimes" en Juan J. Linz y Alfred Stepan, eds., *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- VANHANEN, TATU** (1990). *The Process of Democratization: A Comparative Study of 147 States, 1980-8*. New York: Crane Russak.
- VILLAGRÁN DE LEÓN, FRANCISCO** (1993). "Thwarting the Guatemalan Coup". *Journal of Democracy* 4 (4, October): 117-24.
- WALKER, IGNACIO** (1990). *Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada*. Santiago: CIEPLAN/Hachette.
- WEFFORT, FRANCISCO C.** (1985). *Por Que Democracia?* São Paulo: Brasiliense.
- WEINER, MYRON** (1987). "Empirical Democratic Theory" en Myron Weiner y Ergun Özbudun, eds., *Competitive Elections in Developing Countries*, 3-34. Durham, NC: Duke University Press/American Enterprise Institute.
- WHITEHEAD, LAURENCE** (1986). "International Aspects of Democratization" en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Part III, 3-46. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- _____ (1991). "Democracy by Convergence and Southern Europe: A Comparative Politics Perspective" en Geoffrey Pridham, ed., *Encouraging Democracy: The International Context of Regime Transition in Southern Europe*, 45-61. New York: St. Martin's Press.
- _____ ed. (1996). *The International Dimensions of Democratization: Europe and the Americas*. Oxford: Oxford University Press.
- WIARDA, HOWARD J.** (1986). "Can Democracy Be Exported? The Quest for Democracy in US-Latin American Policy" en Kevin Middlebrook y Carlos Rico, ed., *The United States and Latin America in the 1980s: Contending Perspectives on a Decade of Crisis*, 325-51. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- WOOD, ELIZABETH J.** Forthcoming. "The Transformation of Elite Representation in El Salvador" en Kevin Middlebrook, ed., *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*.